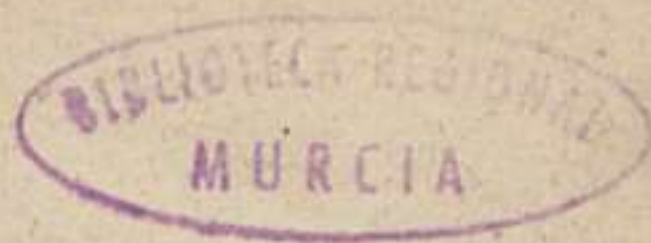


R. 107.802



LA FAMILIA CRISTIANA.

UN WALS ÍNTIMO,

POR

D. JOSÉ SELGAS.



MADRID.

ANTONIO PEREZ DUBRULL, EDITOR.

Calle de Jesus del Valle, 15.

1872.

LA FAMILIA CRISTIANA

UN WALLS INTMO

por

D. JOSE SELGAS



ANTONIO PEREZ DUBRULL, DIRECTOR
Calle de las Descalzas, 15.

UN WALS ÍNTIMO.

I.

Cuatro pinceladas.

Ante todo, el lector curioso querrá enterarse con todos los pormenores posibles del lugar que ha de servir de teatro á las animadas escenas que nos aguardan en el curso de estas páginas. Su curiosidad es legítima, y voy á complacer su deseo con la mejor voluntad del mundo, trazando el boceto del cuadro en cuatro pinceladas.

El fondo del asunto que pone ahora la pluma en mi mano es triste, muy triste, más triste de lo que probablemente les parecerá á muchos de los que se entretengan en leer lo que voy á escribir: mas en cambio el lugar de la escena es alegre, las situaciones que vamos á ver son cómicas, y los personajes pocos, pero bue-

nos. De manera que el lector puede elegir la disposición de ánimo que más le agrade, según el humor con que se encuentre, ó según la índole especial de su genio, ligero ó grave, frívolo ó profundo. Ello es que podrá elegir entre desternillarse de risa, si es jóven bullicioso y aturdido, ó llorar muy seriamente, si está ya entrado en años y tiene el juicio maduro, y es además de índole reflexiva, y sobre todo si es padre, padre de una hija fresca por la juventud y algo dada á las vanidades del mundo.

Empecemos por su órden.

El lugar de la escena es la esplanada de un jardín, rodeada de frondosos castaños de las Indias, cuyas ramas se tienden buscándose unas á otras, y uniendo sus hojas de verdor perpetuo, con el deliberado propósito de formar una anchurosa gruta bajo su doble sombra.

Sobre la arena fina que forma el piso se levantan en semicírculo bancos de piedras inmóviles que, á pesar de la dureza del asiento, convidan al descanso. A la vez, la vista se encuentra desparramadas en amable y confuso desórden gran número de sillas de hierro pintadas de amarillo, que se abren y se cierran como las hojas de los libros. Parece que ha pasado por ellas un torbellino. Unas están aquí,

otras allá; en unas partes se juntan formando corro, en otras se separan, volviéndose la espalda; hay algunas volcadas, y todas se hallan vacías.

Al través de las hojas de los árboles brilla la luz del petróleo, encerrada en bombas de colores, trazando caprichosos dibujos, que se estienden y se alejan hasta más allá de donde alcanza la vista.

Tres calles de árboles desembocan en la esplanada ó gruta de que hablamos; una llega por la derecha, otra se adelanta por la izquierda, y á la tercera se la ve venir de frente árbol á árbol, como si dijéramos paso á paso.

A cierta distancia, y medio velado por el follaje, se distingue un foco de luz vivísimo, cuyos rayos centellean entre la red de ramas y hojas en que se enlaza el follaje. Este golpe de luz hace un efecto semejante al que causan los resplandores del sol poniente, cuando se escapan al través de las sombras que proyectan las nubes sobre el horizonte. Más que luz parece un incendio en el que los árboles arden sin quemarse.

Al pronto, la vista, deslumbrada, no percibe bien la causa de aquella viva claridad que relampaguea en la sombra; pero poco á poco se acostumbra á la viveza de los reflejos, y al cabo descubre los airosos con-

tornos azules, blancos y rojos de una soberbia tienda de campaña, cuya cúpula se levanta orgullosa por encima de las copas de los árboles que la rodean.

Fijando más la atención, y buscando los mayores espacios que el follaje ofrece, se cae en la cuenta del objeto de tan viva luz y de tan hermosa tienda, pues se llega á leer en letras grandes y luminosas, colocadas sobre el frontispicio de la rasgada puerta de la tienda, un letrero espléndido, que dice:

BOUFFET.

Sobre todo este cuadro que ligeramente bosquejo, aparece de vez en cuando la azul serenidad del cielo, oscurecida por las luces de la tierra, en cuya majestuosa bóveda brillan tristemente algunas estrellas que asisten al espectáculo que describo con pálidos semblantes.

Si en este lugar en que hemos entrado se trata de una fiesta, me atrevo á sospechar, con permiso de quien corresponda, que el cielo, según la tristeza, no parece dispuesto á tomar parte en el regocijo... La noche que rodea este cuadro acerca á él sus tristes sombras, desgarradas por los reflejos de las luces, serena, eso sí, pero enlutada.

Esto es por lo que se refiere á lo que distinguen los ojos; ahora vamos á ver lo que perciben los oídos.

Por de pronto se oye un rumor sordo que parece próximo ó lejano segun la comparacion por medio de la que intentamos representarlo. Si decimos que se parece al eco profundo que produce el golpe incessante de las olas sobre la movible arena de la sonora playa, será preciso añadir que es un rumor que suena en nuestros oídos como si viniera de muy lejos. Mas si lo comparamos al sordo zumbido que causa el enjambre de las abejas al volar impaciente alrededor de la colmena, es indispensable advertir que está muy cerca. Tome el lector de ambas comparaciones aquella que mejor efecto le haga.

Sobre este rumor que se aleja y se aproxima, que va y viene, y aumenta y disminuye en vagas ondulaciones, serpentean, digámoslo así, bulliciosos raudales de música viva y ardiente, cuyas voluptuosas cadencias incendian la sangre y agitan los nervios.

No es necesario ser muy doctos en materias musicales para comprender desde luego que tan armoniosos acentos se escapan de una orquesta numerosa, hábilmente dirigida; ni es fácil resistirse al seductor encanto de los compases que

marcan el delicioso ritmo de la encendida polka que embriaga, ó del apasionado wals que arrebatara. ¡Vamos...! al oírlos, el corazón más insensible baila dentro del pecho.

Al mismo tiempo retumba el ruido de la vajilla, el choque de las copas, los estampidos de las botellas que sueltan impacientes los tapones de corcho, empujados por la fuerza expansiva de los más delicados vinos. El cristal herido por las hojas relucientes de los cuchillos, repiquetea con ávida urgencia, llamando á voz en grito á los afanados servidores del banquete.

En una palabra: allí se baila y aquí se come.

Entre tanto, y en los intervalos de silencio, se oyen suaves silbidos, que aparecen y desaparecen como si temieran ser escuchados. Es el aire, el aire húmedo de la noche que, suspenso de las copas de los árboles, cuchichea con las hojas, como si ¡oh envidioso! murmurara de la fiesta.

Y el caso es que los árboles más graves, movidos por esta sorda maldicencia, cabecean tristemente, como quien dice:

«¡Cuánta grandeza!»

O más bien:

«¡Cuánta miseria!»

Tal es el boceto del cuadro.

Añada el lector los toques que crea necesarios al conjunto de estas cuatro pin-
celadas.

II.

Monólogo.

La esplanada del jardín que dejamos descrita de la mejor manera que nos ha sido posible, se hallaba desierta, más bien abandonada, pues la concurrencia se agolpaba impetuosa llenando el salón del baile y la tienda del *bouffet*.

Era, por lo visto, el momento más brillante de la fiesta, en que más se comía y más se bailaba; el período álgido de la fiebre que enciende en el alma el apetito desordenado de los placeres y de las vanidades.

Por la calle de árboles que desembocaba en la esplanada entre la izquierda y la derecha, se adelantaba un jóven de regular presencia, sin llevar nada en su persona que lo distinguiera de la masa co-

mun de los hombres que han cumplido ó van á cumplir los

«..... Treinta años,
funesta edad de amargos desengaños.»

Traia el sombrero en la mano, dejando ver una cabeza esmeradamente peinada, indicio seguro de que antes de lanzarla á las fascinaciones del baile, habia tenido la precaucion de ponerla en manos de un peluquero. La camisa de brillante blancura, la levita ajustada al rigor de la moda, el pantalon claro y fino, el brillo de sus botas charoladas, la flexibilidad de sus guantes amarillos y la precision rigurosa de su chaleco negro, indicaban que no era del todo indiferente á las satisfacciones del tocador y que abrigaba el deseo de agradar, con más la esperanza de conseguirlo.

Parecia pensativo, porque llevaba el semblante inclinado sobre el pecho, del que, sujetos á una cinta negra, pendian los *quevedos* de concha; circunstancia que, á pesar de todo, debe inducirnos á creer que no seria hombre que viera mucho más allá de sus narices.

De vez en cuando acariciaba su barba copiosa y castaña con la mano que le dejaba libre el sombrero, y con el ademan del que busca el mejor modo de orillar

algun obstáculo imprevisto que le ha salido al paso.

Así se fue acercando poco á poco hasta que desembocó en la esplanada, y allí, ayudando á sus ojos con los cristales de los quevedos, sondeó la especie de gruta en que acababa de entrar; y viendo la soledad del sitio, se adelantó exclamando:

—Aquí... en este lugar solitario; lejos del estrépito y de las vanidades del mundo, y al son de esa magnífica orquesta que llena mis oídos de armoniosos acentos, y mientras toda esa lucida concurrencia ríe, come, brilla y baila filantrópicamente á beneficio de los niños de la Inclusa, yo voy á entregarme á los escesos del júbilo que me embarga. Ahora que nadie me ve, puedo... así... saltar de alegría.

Y diciendo y haciendo, dió un salto formidable, testimonio seguro de la soltura y de la firmeza de sus piernas; salto que hubiera hecho honor al acróbata más insigne.

Después siguió diciendo:

—Ahora que nadie me oye, puedo decirme en alta voz sin ser desmentido: «Jaime, ya eres dichoso.» Alejandro, tú eres el Emperador de todas las Rusias: Rostchild, tú eres un gran millonario; ambos podeis, el uno conquistar el mun-

do; el otro comprarlo. Pues bien: yo, simple mortal, tengo derecho á vuestra envidia, y os miro por encima del hombro, porque yo soy feliz.

Aquí cortó el vuelo de su palabra una idea repentina, de esas que surgen inopinadamente; pues deteniendo los arrebatos de su regocijo, pasó de la alegría á la admiracion, exclamando:

—¡Qué cosa tan rara es la felicidad! Acabo de encontrármela ¡parece mentira! en la boca de una mujer. Pero... ¡qué mujer! Vean Vds. su inventario: cintura así, fina y flexible, que cabe perfectamente dentro de este círculo que forman el pulgar y el índice de mi mano derecha. Ojos, así; ni más ni menos que este círculo que yo trazo uniendo entre sí los pulgares y los índices de mis dos manos; ojos azules que brillan siempre; dos pedazos de cielo donde nunca es de noche. Sonrisa encantadora, detras de la que asoman unos dientes que se me han clavado en el corazón. Pie absurdo, increíble; mano inverosímil, y un andar... ¡Qué andar! Andar *sui generis*, inimitable. Un año hace que ando yo tras de ella, y todavía no he podido aprenderlo.

Esta fecha, incidentalmente recordada, hizo retroceder sus pensamientos al origen de su dicha, porque se encasquetó el

sombrero con cierta arrogancia, y echando hácia atrás las manos, siguió diciendo: — ¡Un año hace que persigo por todas partes á ese conjunto de facciones capaces de levantar en masa al país mas pacífico! ¡Soberbia campaña! En el primer encuentro sus ojos, perfectamente asestados, me fusilaron; la segunda vez que vinimos á las manos, me hirió el alma con el filo de una sonrisa, y en el último choque, con una sola palabra me ha copado. Total: un muerto, un herido y un prisionero. O lo que es lo mismo: la he visto, la amo, y voy á casarme. Semejante á César, puedo decir: *Vine, vi... y caí*. Acabo de verla con una falda verde que dice: «Comedme.» Ha oído mis juramentos, me ha mirado afable, se ha sonreído tierna, y me ha dicho tapándose la boca con el abanico: «Sí, estoy conforme; pero es preciso que hable V. á mamá, que asedie V. á mamá, que conquiste V. á mamá.» Y heme aquí condenado, por la ley cruel de mi propia dicha, á hacerle el amor á la presunta abuela de mis futuros hijos. ¡Oh! ¡Cuánto nos hace sufrir la felicidad!

Luego que con esta exclamacion desahogó su pena, se quitó los guantes, se pultó las manos en los bolsillos del pantalon, y comenzó á pasearse, repitiendo:

—Hable V. á mamá, asedie V. á mamá, conquiste V. á mamá. Fuera mejor que me hubiese dicho: Conquiste V. á Méjico, que, en efecto, está otra vez por conquistar, y la cosa seria más razonable. Pero la mamá no es mamá; es madrastra con cuarenta y seis años á la cola, viuda por más señas, con la que no he hablado en mi vida ni una vez siquiera... Vamos á ver: ¿cómo se conquista esto? ¡Oh cruel Emilia...!

No habrá de sorprendernos que despues de esta contrariedad tropezara con otra. Porque debemos saber que las dichas humanas, tan incompletas y tan frágiles como son, tienen más enemigos de lo que parece á primera vista.

Así es que hirió de repente el suelo con el tacon de la bota, señal visible y casi inequívoca de que su felicidad se veia asaltada por un nuevo inconveniente. Sacó del bolsillo una carta cerrada, y se quedó contemplándola.

—¡Diablo! exclamó: á todo esto la pobre Juana llorará á sus solas mi ingratitud; de seguro que esta carta viene hecha un mar de lágrimas. Y vamos á cuentas: ¿qué culpa tengo yo de que se le haya metido en la cabeza la diabólica idea de casarse conmigo? Sí, señor; yo la enamoré hace la friolera de cinco años: ella era

una chiquilla, y yo no tenia entonces dos dedos de frente. ¿A quién demonios se le ocurre que estos amores casi de la infancia han de tomarse en serio? Que tenga paciencia; no es culpa mia que me guste otra. Yo reconozco que es una preciosa muchacha, una hermosa morena, que hubiera podido muy bien servir de modelo á Murillo para pintar sus vírgenes; pero se me ha metido en el corazon una rubia, que me lleva y me trae como un *dominguillo*. Juana es escelente; todo el dia cose que cose, ó borda que borda. Si lee, lee el Kempis; no le gustan los lazos, ni las cintas, ni los moños; no ha ido en su vida á un baile; en una palabra, es un ángel, un ángel que para el cielo ni pintado; pero yo vivo en el mundo, soy hombre, y debo casarme con una mujer. No leo esta carta.

Con tales reflexiones debió tranquilizar su conciencia algo inquieta por las lágrimas con que Juana lloraria ya su inconstancia, y ocultó de nuevo la carta sin abrirla.

—Ya sabe, añadió, que es asunto concluido. Muy bien: ahora volvamos á la mamá. ¿Qué hago...? Es muy sencillo: hablarla, asediarla y tomarla por asalto. Una sorpresa será de buen efecto. Aquí, esta misma noche. Eso es; manos á la

obra. Es preciso entrar por el aro de la felicidad. No hay más que cerrar los ojos y embestir. Lo malo, á pasarlo pronto. Además, cuento con un éxito seguro; poseo treinta mil reales de renta en títulos del tres por ciento, y esto acabará de enternecer el corazón de mi futura suegra, porque treinta mil reales no caen fácilmente por la chimenea. Conque, á la una... á las dos... á las tres.

Esta actitud ejecutiva de su voluntad induce á presumir que no estaban completamente acallados los remordimientos de su conciencia. Debía sentir secretos impulsos de abandonar su empresa y volver al pacífico afecto de su dulce Juana; pero no quería sentirlos, y dando aquel paso definitivo se cortaba la retirada. Le urgía, pues, hablar á la mamá, asediar á la mamá, conquistar á la mamá, porque del buen éxito de esta necesaria tentativa dependía... ¡friolera! la felicidad de toda su vida.

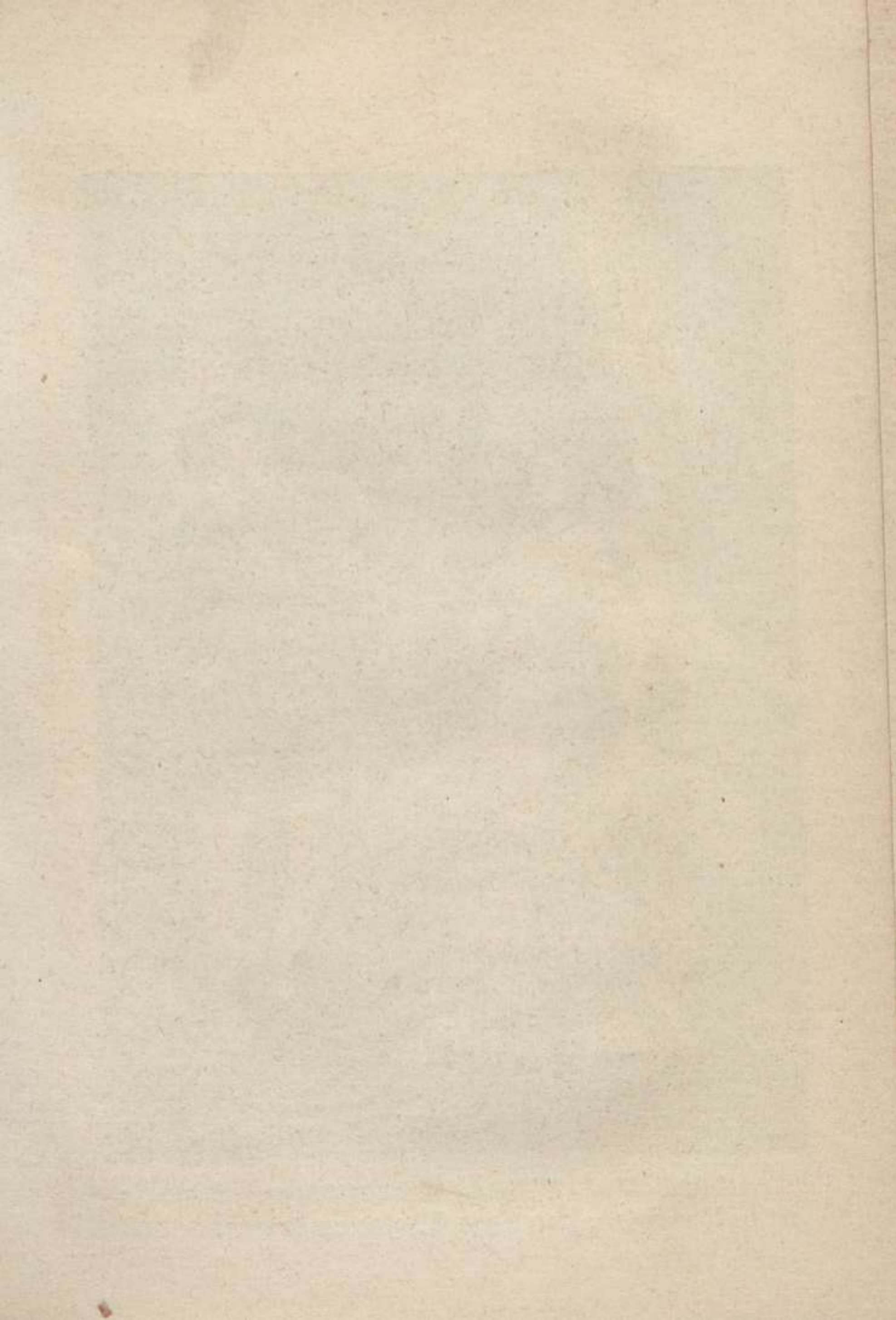
Así es que, cerrando los ojos como quien rehusa medir la profundidad del abismo en que va á precipitarse, tomó aliento, y á la voz de *una... dos... tres*, se lanzó á la carrera hácia la calle de árboles que conducía al salón campestre destinado al baile.

Mas le salió al encuentro un nuevo obs-

táculo, un obstáculo real y verdadero, contra el cual chocó violentamente, retrocediendo espantado.

¿Qué terrible dificultad era esta que se oponía á su dicha?

Ahora lo sabremos, porque, en honor de la verdad, merece capítulo aparte.





— ¡Caballero! preguntó la señora en el colmo de la indignación: ¿no tiene V. ojos en la cara?

III.

Lance apurado.

En el ímpetu de su carrera, y en la ceguedad de su deseo, no vió que otra persona desembocaba en la esplanada al mismo tiempo que él salía de ella; y, para mayor desventura, este personaje imprevisto é importuno era una mujer, quiero decir, una señora.

El choque entre ambos fue terrible, y uno y otro estuvieron á punto de dar con sus cuerpos en tierra.

—¡Ah! exclamó ella.

—¡Uf! replicó él.

—¡Qué barbaridad! añadió ella, pasando del susto al enojo.

—¡Qué torpeza! insistió él, cambiando en ira la sorpresa.

—¡Caballero! preguntó ella en el colmo de la indignacion: ¿no tiene V. ojos en la cara?

Y él, con furor reconcentrado, le contestó al golpe:

—Y V., ¿dónde los tiene?

—¡Es una grosería atropellar así á una señora!

—¿Sí? Pues haga V. el favor de decirme qué será en una mujer echarse de ese modo encima de un hombre.

—Yo venia, dijo ella.

—Yo iba, replicó él.

—¿Y quién le manda á V. correr cuando yo vengo?

—Y á V., ¿quién le manda venir cuando yo corro?

La señora debia poseer algunos conocimientos políticos, ciertas nociones de derecho constitucional, y aprovechó aquel momento favorable para lucir su suficiencia, y dar al mismo tiempo á su adversario una leccion oportuna.

—Usted debe saber, le dijo, que los derechos individuales se limitan unos á otros.

El se encogió de hombros, y le contestó con mucha calma:

—Pues precisamente por eso nos hemos estrellado.

Semejante réplica no tenia vuelta de hoja; y la señora, no encontrando á la mano una respuesta victoriosa, sintió encenderse de nuevo el ímpetu de su enojo,

que empezaba á calmarse; pero en vez de entregarse á los arrebatos de su indignacion, contuvo la cólera que hervia en su pecho, y apelando al desden, dijo:

—Para mí ha sido un mal encuentro.

—Diferimos completamente, contestó él, porque para entrambos ha sido un *buen encontron*.

—De todas maneras, añadió ella mor-diéndose los labios, me parece que ha encontrado V. el zapato á su medida.

—¡Ay, señora! exclamó él; yo creo, por el contrario, que es V. la que acaba de encontrar la horma de su zapato.

Ni el enojo ni el desden tenían virtud alguna para contener la locuacidad desesperante de este hombre; y la buena señora, cada vez más irritada, apeló á su dignidad antes de resignarse á emprender una retirada prudente.

Irguióse, pues, con toda la majestad que le fue posible, y dando á su acento la sosegada arrogancia con que hubiera contestado una reina ofendida, pronunció estas palabras:

—Tengo la pretension de creer que no me ha mirado V. bien á la cara.

—No será, le contestó su implacable adversario, porque no la he tenido cerca.

Ante esta burla, elevó el labio superior, arqueó las cejas, movió la cabeza á uno y

otro lado, y *abanicándose* con soberano desden, pasó por delante de su enemigo sin dignarse mirarlo.

Era una gran retirada.

El, por su parte, la dejó pasar, mirola de soslayo y por encima del hombro, y se dirigió muy tranquilo hácia el extremo opuesto de la esplanada.

Ella volvió la cabeza para examinarle atentamente, diciendo para sí:

—Este hombre no me es desconocido.

Y él hizo lo mismo, atusándose la barba, y diciendo:

—Creo que la conozco.

Ambos se sorprendieron en este mutuo exámen, y sus miradas se encontraron como dos espadas que se buscan.

—¡Oh! exclamó ella. ¡Qué curiosidad tan impertinente!

Pero esta vez la lengua del jóven dicho permaneció muda; mas lo que callaba la lengua lo dijeron los labios con la sonrisa más burlona del mundo, los ojos con pertinaz mirada, y los brazos, que se cruzaron sobre el pecho con ademán provocativo.

La señora aceptó el nuevo combate, y se adelantó preguntando:

—Vamos á ver: ¿qué mira V.?

—Miro, le contestó el ingrato amante de Juana, lo que no veo; porque ha de sa-

ber V., señora, que soy algo corto de vista.

—Por eso, sin duda, añadió ella, es V. tan largo de lengua.

—Justo: lo que no va en lágrimas, va en suspiros. Me debe la naturaleza unos ojos algo más perspicaces, y yo en cambio le debo una lengua muy espedita.

—Esa es una cosa que maldito lo que me importa; lo único que me interesa averiguar es si se ha propuesto V. retraerme.

—No, señora; confieso humildemente que eso sería en mí una pretension inaudita; sería nada menos que aspirar á una competencia temeraria.

—No adivino á dónde se dirigen tan modestas palabras. Sería en V. una pretension inaudita, sería nada menos que aspirar á una competencia temeraria. ¿No es esto? Pues bien; yo le pregunto: ¿por qué?

—Porque, ó yo no entiendo nada de tan sublime arte, ó sospecho, por ciertos rasgos inequívocos, que debe V. ser aficionada á la pintura; y en tal caso, creo firmemente que ha de pintarse sola... para todo.

Es de suponer que esta señora que encontramos en tan espléndida fiesta, y cuyo aspecto demostraba cierta elegancia y

cierto lujo, no habia de ignorar los secretos del tocador con que la mayor parte de las mujeres, en más ó en menos, acuden á remediar las irregularidades de la naturaleza y los desperfectos que causan los años.

No decimos que aspirara á la posesion de una juventud eterna en el goce inalterable de una belleza perpetua; pero sí á prolongar todo lo posible la segunda juventud y la segunda belleza que los cósméticos prometen en pomposos anuncios.

Decimos simplemente que el pretencioso esmero de su *toilette* marcaba en ella á una de esas mujeres que no se resignan con facilidad á perder el atractivo de sus encantos personales, y se defienden palmo á palmo, disputándole al tiempo el verdor de los años; una mujer, en fin, resuelta á ser jóven y hermosa en todo el trascurso de su vida.

Si era así, las palabras de Jaime debieron herir vivamente la susceptibilidad de su juventud apócrifa, y la vanidad de su belleza sobrepuesta; mas comprendiendo el equívoco que en ellas se encerraba, y no queriendo á la vez acabar de comprenderlo, entre colérica y risueña dijo:

—¿Quiere V. hacer el favor de esplicar el sentido de esa insolencia?

—Con mucho gusto, le contestó; pero

antes es preciso que me permita V. tomar los datos necesarios, pues sentiria incurrir en un error involuntario.

Diciendo esto, colocó los *quevedos* de concha sobre la nariz, y se acercó á ella lo bastante para poder apreciar en su justo valor todos los accidentes de su fisonomía; mas no pudo la indignada señora sufrir con paciencia tan impertinente exámen, y dió un paso atras, exclamando:

—¡Oh! ¡Qué descaro...!

El insolente que de este modo provocaba su enojo, retrocedió tambien con semblante espantado. Cualquiera diria que acababa de aparecer ante sus ojos atónitos la cabeza de Medusa.

Por algun tiempo no pudo articular palabra, ni más ni menos que si la lengua se le hubiera pegado al paladar.

No se atrevia á mirar cara á cara á la que hasta entonces habia sido objeto de su burla, y permanecia inmóvil como una estatua arrancada del pedestal. Al fin dió señales de vida, y echándose el sombrero hácia atras, suspiró sordamente estas palabras:

—¡Dios eterno! ¡Es la mamá...!

En efecto: tenia delante á la imperiosa madrastra, á la misma que su caprichosa felicidad ponía en el trance de tener que seducir y conquistar... Era ella en una

pieza, sin faltarle punto ni coma, con sus cuarenta y seis años, su viudez y su genio de todos los demonios; *item* más, el rencor que contra él debía hervir en su pecho.

Verdaderamente, tan terrible contrariedad estaba fuera de todas las previsiones humanas; ni el mismo Napoleón habría podido calcular tan singular contingencia. No obstante, el pobre hombre, aturdido por la violencia de aquel inesperado contratiempo, intentó maldecir su fortuna, que es el primer refugio de todas las desesperaciones; pero advirtió que ninguna parte tenía en ello la suerte, pues, en honor á la verdad, todo se lo debía á sí mismo, y sin más averiguaciones se mordió la lengua por habladora, y cerró los ojos condenándolos á profunda oscuridad, por el delito de ser cortos de vista.

Convengamos en que su situación era bastante difícil. ¿Cómo conquistar las simpatías de aquella mujer justamente irritada...? ¿Cómo calmar el furor de su enojo? ¿De qué manera templar el rigor de su venganza? Porque ella no perdería la propicia ocasión que se le presentaba de vengar tantos ultrajes.

Y el caso es que la dicha del atribulado jóven estaba, como quien dice, en manos de aquella mujer, de genio al parecer

poco flexible y poco manejable. Y la órden de la encantadora rubia era terminante: «Hable V. á mamá... asedie V. á mamá... conquiste V. á mamá...» Interiormente pensaria el infeliz que muchos se habrian ahorcado con menos motivo. Apenas habia llegado al dintel de su dicha, cuando él mismo se cerraba la puerta. ¡Oh y qué frecuente es esto!

Pero volvamos la hoja, porque en el capítulo que sigue hemos de ver cómo salió de lance tan apurado; porque él es terco como un guarda-canton y no renunciará á la felicidad que se le ha metido entre ceja y ceja.

IV.

Explicaciones.

La enojada viuda esperó el nuevo ataque de su adversario con la calma aparente y la inquietud interior con que, permítase la comparacion, se prepara el atleta á recibir el primer abrazo del combate.

Por la actitud agresiva de su continente y por el ceño de su semblante, parecia resuelta á jugar el todo por el todo, á quemar hasta el último cartucho.

Mas súbitamente cambió la espresion airada de sus ojos, se apaciguaron algun tanto las señales exteriores de su ira, y con reprimida sorpresa dijo para sus adentros:

—¡Calle! ¡Este es el jóven que hace un año nos sigue á todas partes!

No sabemos si allá en el fondo de su

corazon causaria este reconocimiento un efecto favorable, que hiciera menos difícil la grave situacion, digámoslo así, de nuestro héroe; pero lo que pudo advertirse en su fisonomía fue un gesto espresivo, que anunciaba claramente el propósito de tomar una terrible revancha.

Esperó, pues, algunos instantes más, saboreando mentalmente el placer de los dioses; pero viendo que su formidable adversario permanecia inmóvil y mudo, se acercó á él; y como los antiguos guerros tocaban con la punta de la espada en el escudo del enemigo para animarlo á la lucha, así la intrépida madrastra tocó con el extremo de su abanico en el hombro del jóven, diciéndole:

—Vamos, caballero; esplique V. sus palabras.

Este aviso lo sacó del estupor en que se hallaba, presentándosele de golpe toda la espantosa realidad de su suerte; y como el chico sorprendido *infraganti* por la austera presencia del severo *domine*, llevó con precipitacion la mano á la cabeza, arrancó de ella el sombrero, y bajando los ojos é inclinándose con forzada cortesía, exclamó balbuciente:

—¡Ah! ¡Señora...!

Indudablemente su actitud, su ademan, su voz y sus palabras eran las de un ad-

versario completamente sometido; mas la cauta viuda no se determinó todavía á cantar victoria. ¿Eran sinceras aquellas muestras de rendimiento? ¿Había lealtad en aquella sumision hasta cierto punto inesplicable? ¿No podia ser una emboscada?

Ante esta reflexion se puso en guardia, y lo incitó de nuevo, diciéndole:

—Vamos, ¿qué?

Habia en el acento con que fueron pronunciadas esas dos palabras, arrogancia, pero á la vez algo de benevolencia. Un hombre ducho en interpretar las inflexiones de la voz, habria hecho la traduccion siguiente:

«No propongo la paz, pero puedo aceptarla.»

—Mis palabras, contestó él, no tienen sentido comun.

—¡Y bien!

—Claro está, señora: las retiro.

—¡Una retractacion!

—Completa.

—¿Y sincera...?

—¡Ah! contestó; si hubiera un hombre capaz de repetirlas en mi presencia, en el acto le rompería el bautismo.

—Me sorprende V. con un cambio tan repentino.

—Sí, señora, y tan natural.

—Natural, ¿eh?

—Por supuesto.

—¿Por qué?

—Porque la he visto á V. bien.

—Y eso, ¿qué significa?

—Significa...

—¿Qué?

—Que la he reconocido.

—¡Ya!

—Eso es.

—Todavía no comprendo...

—Claro es; porque V. no sabe lo que pasa por mí en este instante.

—¿Qué pasa...?

—¡Friolera...! Imagínese V. que me están dando impulsos de arrancarme la lengua.

—¡Oh! dijo ella, medio burlona y medio seria: V. me confunde.

—¡Ay, señora...! exclamó él.

Y bajando la voz, añadió entre dientes:

—¡Si yo pudiera confundirla...!

A la viuda empezaron á parecerle sinceras tan vehementes protestas de arrepentimiento, y creyó descubrir en aquel hombre, hasta cierto punto extravagante, viveza de sentimientos, y á la vez le encontraba el encanto de la originalidad. Aunque recelosa todavía, se aventuró á pronunciar estas palabras:

—Y en verdad no sé cómo ha sucedido

esto... Hemos tropezado yo no sé cómo.

—Es verdad, añadió él; debe ser verdad, porque todos los que tropiezan dicen lo mismo; pero yo, señora, no puedo perdonarme...

—¡Ya se ve! prosiguió ella: V. iba tan de prisa... yo venia tan distraida... y... nos encontramos. No siempre puede una evadirse. ¡Se tropieza tan fácilmente...!

Nuestro hombre se sintió alentado, y á su vez empezó á parecerle que no es el leon tan fiero como le pintan. Una reconciliacion venturosa se le acercaba en risueña perspectiva. Conquistar á mamá no era, por lo visto, una obra de romanos, y ¡vamos! el encuentro maldito empezó á tomar ante sus ojos las proporciones de un feliz suceso. Antes habia estado á punto de maldecir su dicha, y ahora se encontraba á dos dedos de bendecir su desgracia. De esta manera se enreda el corazon humano en los hilos de la vida.

Era indispensable, ante todo, asentir á cuanto dijera aquella mujer, que en último resultado debia considerarla como árbitra de su felicidad; así empezaria á insinuarse en su ánimo, porque las mujeres agradecen mucho que se les dé la razon... ¡Son tan caprichosas!

—Sí, dijo; se tropieza muy fácilmente. ¡Ya lo creo! Dígame V. á mí, que aca-

bo de incurrir en la barbaridad de tropezar con V.

— ¡Quién sabe! replicó ella: tal vez la culpa haya sido mia.

— Eso, señora, es bondad, pura bondad, que me obliga á una gratitud eterna. El bárbaro he sido yo... yo... que...

Sin duda no encontró la frase elocuente con que queria espresar su pensamiento, y se detuvo. Y en verdad no eran necesarias más protestas de arrepentimiento, porque la señora ultrajada dos minutos antes, debia estar completamente satisfecha. Y lo estaba, en efecto, porque, sonriendo amablemente, dijo:

— Creo inútil añadir más esplicaciones. Nos encontramos de un modo poco agradable, mas debemos olvidarlo, puesto que nos separamos amigos.

Diciendo esto, hizo una cortesía de amigable despedida, dirigiéndose despues hácia la calle de árboles que desembocaba en medio del semicírculo de la esplanada.

Viéndola alejarse, hizo él un movimiento de impaciencia, y exclamó tendiendo los brazos para detenerla:

— ¡Ah, señora, no me abandone V. tan pronto!

La señora se detuvo, por tres razones: Primera, porque la voz que le llamaba le pareció conmovida.

Segunda, porque el baile la fatigaba.

Tercera, porque tan singular personaje la entretenía.

¿Qué mal podía ocasionarle escuchar una nueva esplosion de excusas? Es verdad que lo solitario del sitio, lo impetuoso de aquel hombre, daba al caso algun aspecto peligroso; mas debemos tener en cuenta que el peligro es un incentivo. La mujer, tan débil y tan tímida de suyo, es propensa á amar el peligro, y hay una edad en que muchas se deciden á ser valientes.

La que tenemos en escena no debió ser nunca cobarde. Su hija se hallaba en el salon del baile en compañía de unas amigas de confianza, y no vaciló en dejarse llevar por los sucesos y ver en qué paraba tan singular incidente.

Se adelantó hácia el jóven, que le salió al encuentro, y le dijo:

—Imagínese V., señora, que yo salia de aquí ciego, loco... furioso.

—¡Es posible! exclamó ella.

—Como V. lo oye.

—¡Ciego, loco, furioso! Ni más, ni menos.

—¡Qué desgracia!

—¡Calcule V.! Como que estoy enamorado.

—¿Enamorado?

— Como un bruto.

Aquí respiró con fuerza, no precisamente como el que se deshace de un gran peso, sino más bien como el que empieza á sentirlo.

— ¡Enamorado! repitió la señora. Vamos, ya comprendo. El amor es mala cosa.

— Muy mala, sobre todo cuando uno es corto de vista y largo de lengua.

— Me parece á mí, observó la señora, que ha de ser V. algo precipitado en sus resoluciones, y voy á darle un consejo: tenga V. calma, mucha calma.

— ¡Calma, señora, y hace ya un año que voy y vengo como una lanzadera, siguiéndola á todas partes!

— ¿Siguiéndola?

— ¡Pues! Y cuando esperaba merecer, cuando la ocasion se me presentaba propicia, ¡adios mi dinero! toda mi dicha se la lleva la trampa. ¿Comprende V.?

— No está muy claro lo que V. me cuenta; pero, en fin, supongo...

— Veamos qué supone V.

— En primer lugar, supongo que es V. el hombre más divertido del mundo; en segundo lugar, que ese amor de que me habla tendrá su más y su menos.

— Este amor, señora, replicó con vehemencia, es un amor impérmeable; un

amor á prueba de bomba; un amor que cuenta ya doce meses de existencia, y cada vez lo siento más vivo, más ardiente, más impetuoso, más irresistible, más implacable. Es un amor, en fin, que en este momento me hace el más feliz de los hombres y el más desventurado de los mortales. Crea V., señora, que me ahorcaria si no fuera tan dichoso.

—Ese amor, amigo mio, le contestó ella con sonrisa burlona, es un amor de novela, es decir, un amor absurdo.

—Es posible, dijo él, porque el amor no ha tenido lógica en su vida.

—Los hombres son Vds. muy singulares, muy caprichosos, muy inconstantes; pero el amor todo lo escusa, y yo admito sus esplicaciones; hagamos las paces, y asunto concluido.

V.

Quid pro quo.

Nuestro jóven vió un rayo de esperanza, y se apresuró á anudar el diálogo de esta manera:

—Los hombres somos muy singulares, muy caprichosos, muy inconstantes, es verdad, y por eso le juro á V. que á mí me han gustado siempre las mujeres.

La buena señora debia tener en la historia de su vida el recuerdo de algun desengaño, porque exclamó con acento de incredulidad:

—¡Juramentos! ¿Quién cree en ellos? ¡Con esa palabra suelen los hombres engañar tantas veces!

—¿Y quién, señora, se apresuró á replicar, seria capaz de engañarla á V. ni una sola vez siquiera?

—A mí, contestó ella, quitándose des-

deñosamente un guante, seria muy difícil engañarme.

Y al decir esto, el guante se escapó de sus manos, cayendo á los pies del ingrato amante de la pobre Juana: parecia un reto.

El se inclinó para recogerlo, y presentándosele, dijo:

—Yo quisiera abrirle á V. el corazon.

—¡Dios mio! exclamó ella. ¿Qué intenta V...? ¡Eso seria un asesinato!

Al prorumpir en esta exclamacion, el abanico saltó de sus dedos y rodó por la arena.

—Tome V. su abanico, dijo el jóven.

Fue á tomarlo, y al cogerlo dejó caer el pañuelo.

¿Eran estos accidentes involuntarios, ó es que se habia propuesto burlarse de aquel hombre tan ciegamente enamorado?

No habia más remedio que volver á doblar la cabeza y coger el pañuelo.

Viendo que se lo presentaba, le dijo:

—Téngalo V. un momento: me estoy poniendo el guante.

Sudaba el pobre enamorado de tal manera, que, sin saber lo que hacia, se pasó por la frente la rica batista que tenia en la mano; despues se la aplicó á la boca, y exclamó en voz baja:

—¡Uf! ¡Cómo huele á *pacholí!*

La señora, que observó este último movimiento, debió interpretarlo de un modo agradable, pues sus labios se dilataron con sonrisa satisfecha, á la vez que se guiñaba á sí misma el ojo muy picaramente.

De pronto hirió impaciente el suelo con la planta del pie, exclamando:

—¡Oh qué fastidio!

—¿No entra? preguntó el jóven con dulzura, al mismo tiempo que hacia temblar su pierna derecha, como quien dice de dientes adentro: «¡Así reventaras!»

—Entró perfectamente, contestó ella; pero no puedo abrocharlo.

Aquí nuestro héroe exhaló un furioso suspiro; tan furioso, que la buena señora lo miró con espresion compasiva, y acercándose á él, le dijo:

—Si V. tuviera la amabilidad...

—¡Yo...! ¡Bah...! No he sabido nunca abrochar guantes...; pero, en fin, probaré.

Y metiéndose apresuradamente en el bolsillo de la levita el pañuelo que tenia en la mano, exhaló un segundo suspiro, más furioso que el primero.

Mientras probaba á abrochar el guante, ella le decia:

—Es una escelente cabritilla: parece seda; se adapta á la mano muy bien. Vea usted qué redondos y afilados quedan los

dedos. Yo los tomo por docenas en casa de *Dubois*.

En tan pocas palabras habia dos vanidades: la vanidad de su lujo, y la vanidad de su mano.

—Se abrochan muy fácilmente, prosiguió diciendo; pero á mí se me escapa el boton.

Aquí no fue un suspiro lo que exhaló nuestro hombre, que luchaba por abrochar el guante, sino un verdadero resoplido, manera hasta cierto punto disimulada de exclamar interiormente: «¡Dichoso boton que puede escaparse!»

—Apriete V. más, dijo la señora.

—¿Más...?

—Sí... pero... ¡ay...! ¡ay...! ¡caballero! que me ha cogido V. un pellizco.

De esta manera quedó al fin abrochado el guante.

—Perdone V. mi torpeza, añadió él, queriendo disculpar el pellizco. ¡Me encuentro tan nervioso...! ¡Ya se ve! mi situacion es desesperada. He cumplido ya treinta y tres años, y vea V., todavía estoy soltero.

—¡Ah! exclamó la madrastra suspirando; cinco años hace que estoy yo viuda.

—Como poco, vivo mal, y duermo peor.

—Lo creo, porque hay soledades insufribles.

—Pero V. al fin tiene una hija.

—Sí... única.

—Lo cual no le impide que sea encantadora.

—Podrá serlo, porque todavía es una niña.

—En fin, hablemos claros. La benevolencia con que V. me trata da aliento á mi natural timidez. No me he atrevido hasta ahora, temeroso de una repulsa; mas ya es tiempo de hablar sin rodeos, pues me parece que desde el primer momento nos ha unido una particular simpatía, y si hemos chocado, ha sido como dos cuerpos que se buscan. ¿No advierte usted en nuestro encuentro algo del poder irresistible de las mutuas atracciones...? Pues bien, señora; mi amor ha llegado al crítico momento en que la mecha arde, el cebo se inflama, y revienta la mina. Sobre todo esto, cuente V. *á toca teja*, duro arriba, duro abajo, con treinta mil reales de renta.

Dicho esto, se cruzó resignadamente de brazos, y esperó respuesta.

Hé aquí la que obtuvo.

—Sin duda el estilo que V. emplea es original, pintoresco y apasionado: tiene, cuando menos, el mérito de la novedad; yo lo oigo con mucho gusto, pero ¡qué quiere V. que le diga! no acabo de com-

prender todo el sentido de sus palabras.

Pronunció las últimas abriendo el abanico en toda su estension, y repasando una á una las varillas entre sus dedos, como si quisiera decir: «Hable V., que toda soy oidos.»

La ocasion se presentaba favorable; la mamá parecia conquistada; no faltaba más que dar á tan peñosa obra el último toque. Vamos, nuestro enamorado personaje podia respirar, pues se encontraba á dos dedos de la dicha, casi á punto de cogerla con la mano y asirse á ella para toda la vida.

—Es indudable, dijo, que el amor inspira á los hombres los más grandes desatinos. Pues bien, señora; oiga V. uno que esplica perfectamente todo mi pensamiento: de V. depende mi felicidad.

¿Causó real y verdaderamente admiracion en la viuda lo que acababa de oir...? No lo sé, ni es fácil averiguarlo, porque la mayor parte de las mujeres poseen el don admirable de sorprenderse con la mayor sinceridad del mundo de aquello precisamente que con más seguridad esperan. Pudo muy bien haberla prevenido su perspicacia de mujer; mas es lo cierto que exclamó con cándido asombro:

—¡Jesus qué disparate!

Ambos interlocutores guardaron silen-

cio, mirándose recíprocamente como quien trata de averiguar en la espresion del semblante lo que no acierta á comprender en las palabras. Ella, á pesar de su admiracion, descubrió en sus ojos todavía brillantes una mirada afectuosa, y él... él se quedó estupefacto.

¿Era una repulsa...?

Ella quiso mitigar el efecto de su exclamacion, y añadió bajando la cabeza y abriendo y cerrando el abanico con coquetería algo trasnochada.

—Quiero decir, que todo esto es una broma, en la que reconozco y confieso que finge V. el amor admirablemente. Si tuviera quince años, declaro que se habría V. hecho dueño de mi voluntad; pero, ¡ay! he cumplido ya treinta y cinco.

Mentia al hablar así; mas merece disculpa, porque á nadie más que á ella le inspiraba horror aquella mentira, y es seguro que habría dado la cuarta parte de su vida pasada por no verse en la necesidad de mentir; y por otra parte, ¿qué menos había de quitarse que diez años...? Las hay de cincuenta y seis cumplidos, furiosamente empeñadas en no pasar de veinticinco, sensibles, lloronas, iracundas... ¡Santo Dios! ¡Y hasta nerviosas!

—¡Treinta y cinco años! replicó él: esa

es la edad en que se comprenden las grandes pasiones.

—¡Ah...! suspiró la pobre viuda.

Con este suspiro queria decir:

«Se comprenden y se sienten.»

—Una palabra, señora, una palabra favorable, y seré el hombre más dichoso de la tierra.

La señora parecia dudosa; no sabia qué cara poner á tan terminantes pretensiones. No era una cosa tan descabellada, pues los cuarenta y cinco años no habian hecho grandes estragos en su persona, y los cosméticos podian aun contrarestarlos. Además, esta señora poseia una buena fortuna, heredada de sus padres en dinero contante y sonante. Todas estas ventajas eran suficientes para infundir en el corazon de un jóven la pasion más furiosa; pero ¡ya se ve! si por una parte se sentia inclinada á entregarle su corazon, ya bastante averiado, por otra dudaba, no precisamente de la sinceridad de aquel amor inesperado, sino más bien acerca de la pureza del fin á que aspiraba. Es decir: ¿se trataba de un afecto legítimo, ó de una nueva aventura? En una palabra: aquel jóven, impetuoso y tímido á la vez, original y apasionado, ¿queria ser su amante, ó su marido? Para disipar esta duda que el caso le ofrecia, dijo:

—Muy bien; voy á creer, aunque no sea más que por un instante, en la sinceridad de sus palabras. Hagamos la novela del amor; estamos en un baile, lugar muy á propósito para estos galanteos. Lleva V. un año de amar en silencio; amor discreto que merece toda mi benevolencia. Suponga V. ahora que lo he oido con mucho gusto; más aun: que participo de sus deseos... Pues bien, yo le pregunto: ¿qué pretende V.?

—Claro está, le contestó: pretendo su mano.

—Bien, añadió ella saboreando interiormente la dulzura del triunfo; pero no basta la mutua simpatía entre dos corazones... el matrimonio es para toda la vida, y es preciso ver antes si encajan los caracteres...

—Encajan, replicó él; le juro á V. que encajan.

VI.

La miel en los labios.

Seamos justos: pocas mujeres hubieran dejado de incurrir en la equivocacion en que hemos visto caer á la viuda, y pocos hombres se hubieran explicado de una manera tan equívoca; pero yo no tengo facultad para alterar ni en lo más mínimo la autenticidad de los sucesos que relato; como me lo contaron os lo cuento. Por mi parte no tuve inconveniente en dar por cierto el caso, teniéndolo por completamente verosímil. Entre un hombre menos loco y una mujer más juiciosa, habria sido difícil llegar á este *quid pro quo*; pero vaya V. á detener en sus justos límites las aspiraciones de una mujer que á pesar de los años pretende todavía ser agradable á los ojos de la juventud, y vaya V. á poner tiento en la lengua de un hombre cuyo entendimiento, de suyo no

muy claro, se halla sumergido en las oscuridades de un amor más terco que apasionado.

Realmente, el encaje de los caracteres no era una verdadera dificultad para la viuda. Contaba de antemano con la seguridad de imponer su gusto. ¡Bonito genio tenía ella para dejarse manejar por nadie! Si su marido era de hierro, ella en cambio era á la vez el yunque y el martillo. Sabia muy bien cómo se hace de un hombre un cordero; no le eran desconocidos los diversos recursos y los variados sistemas con que las mujeres ejercen la dictadura de su debilidad. Ella sabia obtener, ya de un modo, ya de otro, la sumision ó la condescendencia. A mayor abundamiento, tenía algunos datos para inferir que su futuro marido no era un leon salvaje. Si algo tenía real y verdaderamente de fiera, no pasaba de ser lo que en el lenguaje comun se llama un toro claro.

El, por su parte, se tributaba interiormente y á boca cerrada los más lisonjeros elogios, y atribuyendo á su habilidad el mérito de tan difícil conquista, miraba con desden, desde la altura de su triunfo, á Metternich y á Pitt, á Cavour y á Bismark, y sentia allá en el fondo de su ambicion, dormida hasta entonces, repenti-

nos deseos de dar á conocer sus talentos en la carrera diplomática.

—No, insistió ella; no debemos dejarnos llevar por las apariencias, casi siempre engañosas; la cordura aconseja que no nos fiemos de las primeras impresiones. ¡Cuántos matrimonios desgraciados hay en el mundo porque no han tenido presente esta circunstancia! No basta que los corazones se unan por mutuas simpatías; es preciso unir también los gustos y las inclinaciones; el amor se acaba más tarde ó más temprano, pero el genio dura toda la vida; amarse es muy fácil, mas no es tan fácil conocerse.

Hablaba como un libro; cosa rara, si se atiende á que, una vez puesta en la pendiente de contraer un segundo matrimonio, no debia ocultársele que le quedaba poco tiempo que perder. Cualquiera accidente podia destruir de un golpe el artificio de su juventud y de su belleza; ella sabia muy bien que el maldito *histerico* empezaba ya á sacar las uñas; mas precisamente por eso se expresaba tan juiciosamente. Ante todo pretendia ocultar su propia impaciencia, porque al ocultarla la infundia. Aquel jóven tan impresionable no se resignaria á aplazar por mucho tiempo la realizacion de su dicha. ¡Qué satisfaccion para ella verse arras-

trada por el ímpetu de aquel amor apasionado, al colmo de sus más vivos deseos...! No quería precipitarse, para que la empujaran; quería apagar el fuego soplando.

—¡Oh! replicó el conquistador triunfante: quiere V. alargar el plazo de mi felicidad, y eso es cruel... ¿No nos conocemos ya bastante? Será una locura cerrar los ojos y unirse para siempre á una mujer cuyo carácter nos es desconocido; convengo en ello; pero es una insigne tontería tener hoy la dicha en la mano, y dejarla para mañana. Además, estas cosas hay que hacerlas sin pensarlas.

El tono sosegado y hasta razonador de esta réplica inspiró á la presunta novia serios temores de que al fin se aviniera á un plazo más ó menos largo, tiempo en el que habrían de tratarse íntimamente, lo cual ofrecía varios peligros, porque no es lo mismo ver á una mujer á la esplendorosa luz de un baile, que en la intimidad y en el abandono de la casa; y si el futuro marido llegaba á sorprender el secreto de sus encantos, era esponerse á correr las eventualidades de una inconstancia.

—De todas maneras, dijo, contemplando la tela de su abanico, no ha de ser esto de golpe y porrazo; hay que tomarse

algun tiempo; es necesario guardar ciertas formalidades...

—No veo inconveniente en ello, señora; mi plan es el siguiente: Hoy es domingo; esto es... mañana lunes se entablan las diligencias... Lunes... martes... miércoles... El viérnes podemos tomarnos los dichos, y el sábado... asunto concluido...

—¡Una semana...! exclamó ella.

¿Le parecía el plazo demasiado corto, ó excesivamente largo? Téngase en cuenta, para resolver esta duda, que el deseo de casarse por segunda vez habia presentado á su imaginacion un nuevo aspecto del asunto, aspecto verdaderamente seductor, al traves del que se veia por algun tiempo elevada á la celebridad; su nombre iba á correr de boca en boca, y el público sorprendido le atribuiria el oculto poder de algun encanto irresistible; por algunos dias llegaria á ser la mujer de moda.

Aquel matrimonio súbito, inesperado, deberia causar un grande efecto. La envidia, ¡oh! la envidia de sus más íntimas amigas llenaria por algun tiempo su corazón de vivas satisfacciones.

Respondiendo á esta idea que se agitaba impaciente en el fondo de su pensamiento, añadió:

—El mundo tiene sus exigencias, y hay

que contar con él: la primera formalidad que se nos presenta es la obligación en que estamos de dar parte á los parientes... á los amigos...

—¡Parte! exclamó el presunto marido. Yo, señora, no doy parte ninguna; me caso para mí solo.

—En ese caso me propone V. un matrimonio clandestino.

—No, señora; propongo un matrimonio público; pero no veo la necesidad de darle parte á nadie.

—¡Oh! ¡Eso seria inaudito!

—¡Inaudito! ¿Por qué?

—Porque daríamos ocasion á toda clase de murmuraciones.

—¡Murmuraciones...!

—Eso es. Imagínese V. lo que se diria de nosotros viéndonos ir siempre juntos; en los teatros, en los paseos, comiendo en una misma mesa, durmiendo bajo un mismo techo.

—¡Ya, ya! exclamó él rascándose la cabeza. Comprendo que V. quiere vivir conmigo. ¿No es esto?

—Me admira la pregunta. Hay quien cree que se conserva más vivo el afecto interponiendo el atractivo de la separacion. La vida íntima es prosáica. Sé algo de historia, y me parece que en Esparta los maridos no vivian con sus mujeres, y

para verlas tenían que apelar á medios secretos, escalando de noche los balcones de las casas. ¿Es eso lo que V. desea? No niego el encanto de ese sistema: no desconozco que seria alargar la luna de miel; pero, amigo mio, en nuestra sociedad seria eso impracticable; no está en nuestras costumbres; por consiguiente, piensa V. en un imposible.

A estas palabras puso nuestro hombre la cara más estúpida que habia puesto en su vida; y encogiéndose de hombros como quien no entiende ni jota de lo que oye, replicó de esta manera:

—Quitando que los espartanos eran unos bárbaros, que sus casas no tenían balcones, y que yo no he pensado en semejante cosa, todo lo demas está perfectamente dicho. Por lo demas, viviremos juntos, puesto que V. se empeña en ello. Sea en hora buena: cabalmente mi casa es espaciosa: tiene vistas á Levante, y vistas á Poniente; quiere decir que V. ocupará las habitaciones que caen al sol que se pone, y nosotros las que miran al sol que sale.

Esta vez fue la señora la que no entendió palabra de lo que oia. La separacion de habitaciones le parecia bien: era de buen tono; era realizar hasta cierto punto el sistema de los espartanos, y de esa ma-

nera los secretos de su tocador se hallarían á cubierto de una sorpresa. Hasta ahí perfectamente; pero aquel *nosotros* incomprendible la llenaba de confusiones. Veía surgir en el asunto de su matrimonio alguna persona más con la que no había contado. ¿Qué nuevo individuo era este que había de habitar con su futuro cónyuge la parte de la casa que daba á Levante?

—¡Nosotros! repitió: ¿qué quiere decir *nosotros*?

—Quiere decir, señora, que viviremos juntos, pero separados.

—Me parece que estamos jugando al juego de los despropósitos. ¿Será posible que nos entendamos?

—Señora, creo que me esplico bien claramente. No me había ocurrido la idea de que V. quisiera vivir con nosotros, y sin embargo nada más natural. No es V. todavía escésivamente anciana... quiero decir que ya es V. una mujer de peso, una mujer juiciosa. Se conserva V. muy bien, eso sí; pero sea como quiera, se halla V. en la edad en que empiezan los achaques... Casando V. á su hija única, se queda V. sola... á merced de los criados, y en poder de manos mercenarias. Pues bien: no hay que pensar en eso; V. vivirá con nosotros, y Emilia y yo seremos

para V. unos verdaderos hijos... ¿No es esto claro como la luz del día?

En otra ocasión, la viuda se hubiera desmayado, y aun en esta se sintió acometida del deseo de perder el sentido, con ánimo resuelto de arañar impunemente al hombre que así había abusado de su credulidad. El momento era oportuno para dejarse invadir por un ataque de nervios repentino; él acudiría á su socorro, y entonces, en el furor de las convulsiones, podría á mansalva destrozar la pechera de su camisa, rasgar su chaleco, y arrancarle las barbas: ¿qué menos merecía el traidor que de aquella manera le había engañado, poniéndole la miel en los labios?

No obstante, se contuvo, por no descubrir el engaño de que había sido víctima.

VII.

Casus belli.

Reprimiendo el primer ímpetu del despecho, apeló á otro expediente más propio de las circunstancias; en vez de la convulsion, apeló á la risa; en vez de arañarle el rostro, se propuso sencillamente arañarle el alma; y como quien rompe los diques de una hilaridad largo tiempo contenida, prorumpió en una furiosa carcajada.

Este arranque de buen humor cayó lo mismo que un jarro de agua fría sobre nuestro hombre, que le pareció la carcajada más intempestiva que habia resonado en sus oídos.

—No comprendo, dijo, el motivo de tan súbita alegría. No es, ciertamente, motivo de lágrimas y sollozos el asunto de que tratamos; y por satisfactorio que sea

para una madre casar bien á una hija, no encuentro que sea la ocasion más á propósito para desternillarse de risa.

—Perdone V., replicó ella; ni el sitio en que nos encontramos, ni la singular manera que hemos tenido de conocernos, podian hacerme creer que hablaba V. formalmente. Otra en mi lugar se hubiera reido desde un principio de sus pretensiones; yo he tenido la condescendencia de no soltar la carcajada hasta el último momento.

No sé lo que pasaria por el espíritu atrevido de Icaro cuando, en lo más alto de su vuelo, derritió el sol las alas de cera con que pretendia escalar el cielo; mas tengo para mí que una cosa semejante debió experimentar el ingrato amante de la pobre Juana al oír las palabras de su presunta suegra; pero insistió, diciendo:

—Reconozco la irregularidad del procedimiento; yo debí enviar delante embajadores extraordinarios que por medio de solemnes credenciales anunciaran con toda pompa el objeto particular de mi visita; he incurrido en esta falta de formalidad oficial, prescindiendo de las rigurosas reglas de la etiqueta; mas en esto no he hecho más que seguir el gran movimiento diplomático y político de nuestro

tiempo; los más graves asuntos del Estado se tratan en banquetes. Tomando café se ventilan las más arduas cuestiones del mundo; en los postres de una comilona se hacen las más solemnes declaraciones; en los saraos y en las fiestas se fraguan estupendos negocios; ya en esta tertulia, ya en la otra, se dirigen los asuntos públicos; en los casinos se hacen y se deshacen ministerios, y en las tabernas se prepara en estos momentos el nuevo orden social que nos espera. Yo supongo que es V. la Reina de la Gran-Bretaña, Ana Bolena, por ejemplo; que lleva V. en la cabeza la triple corona de Irlanda, de Escocia y de Inglaterra; yo no he de atribuirme una importancia menor á la del Gran Turco. Pues bien: ¿qué tiene de particular que al encontrarse nuestras respectivas majestades en esta espléndida fiesta, tratemos aquí de una alianza que por de pronto no ofrece la contingencia de turbar la paz de Europa?

—Muy bien, contestó ella mordiéndose los labios: las pretensiones del Gran Turco no pueden ser admitidas por la Reina de Inglaterra.

—Me parece, replicó él, que es costumbre en las relaciones internacionales exponer las razones que sirven de fundamento á las resoluciones que se adoptan.

La Gran Puerta vería en una negativa infundada el peligro de un *casus belli*.

—No ha de romperse por mi causa el equilibrio europeo: hay tres razones poderosas que se oponen á esa alianza.

—Veamos la primera.

—La primera consiste en que hay mucha desigualdad en las edades.

—¡Mucha desigualdad en las edades! exclamó el Gran Turco: ¿acaso yo soy algún vejestorio carcomido ya por los años? Dígame V., señora: ¿tengo yo cara de viejo?

—No, Gran Señor; pero Emilia es demasiado jóven.

—Ya tiene veinte años: lo sé por ella misma.

—No los ha cumplido todavía.

—Ignoro si el Parlamento inglés habrá hecho alguna ley declarando que las mujeres son niñas hasta despues que hayan cumplido los veinte años. Es muy posible que la Corona, en combinacion con la Cámara de los Lores y con la Cámara de los Comunes, haya querido poner ese correctivo á las precocidades de la naturaleza. En tal caso, la inocente Emilia, en vez de hallarse en este baile luciendo todos los encantos de una mujer hecha y derecha, debería estar en un colegio recibiendo las lecciones de su primera edu-

cacion. Es, pues, probable que sea en Inglaterra hasta una criatura recién nacida, porque he oído decir que los Parlamentos con la Corona pueden hacerlo todo; pero en España, quiero decir, en Turquía, las mujeres á los veinte años están ya hartas de tener hijos.

—Hé ahí por qué, replicó la señora, no le corre prisa ninguna anticipar su matrimonio. Ahora está en la edad de divertirse, en la edad en que se goza del mundo; cuando se canse podrá hacer de su capa un sayo. No digo yo que se encuentre en los primeros albores de la infancia; ya no le estaria bien jugar á las muñecas; pero, créame V., ahora está jugando á los moños.

—Pero, señora, preguntó muy formalmente: ¿es que ha hecho V. ánimo de que no se case hasta que tenga nietos?

—La segunda razon, añadió ella, nace de la primera.

—En ese caso, no dudo de que la hija será digna de su madre. Veamos, señora; veamos la segunda razon.

—Es muy sencilla, se cae de su peso, y está reducida á tres palabras: Emilia no ha pensado aun en semejante cosa.

—¡Santo Dios! exclamó el Gran Turco en el colmo de la admiracion. ¿Conque aun no ha pensado Emilia en semejante

cosa...? ¿V. cree que yo soy un moro de Marruecos, y que se me hace comulgar con ruedas de molino? Las mujeres piensan en casarse desde que nacen. Y si no, dígame V.: ¿por qué juegan á la casa, á las comidas, á las visitas y á las muñecas en cuanto abren los ojos á la vida? ¿Qué quiere decir esto...? Quiere decir que anticipan con esos juegos la realidad de sus deseos; quiere decir que aun no son mujeres y ya piensan en ser amas de su casa, esposas de sus maridos, y madres de sus hijos.

—¡Y bien! Aunque así sea; aunque Emilia haya jugado, como todas las niñas, á las casas, á las comidas, á las visitas y á las muñecas, ¿quién le ha dicho á V. que piense casarse con el Gran Turco? Esta es la tercera razon que se opone á esa loca alianza.

—¿Quién me lo ha dicho...? replicó él con ademan triunfante. Señora, me lo ha dicho ella misma.

—¡Ah! exclamó la viuda guiñando graciosamente el ojo derecho. Eres turco, y no te creo.

—¿No? Pues sea ella misma árbitro de esta contienda... Yo la traeré aquí apoyada en mi brazo, y saldrá V. de dudas... El llanto sobre el difunto... ¡Oh! tengo su palabra.

—Espere V... espere V... porque va á dar un paso inútil. Sean las que quieran las promesas de Emilia, no las cumplirá.

Y añadió irguiéndose con arrogancia:

—Porque la Reina de Inglaterra interpondrá toda su influencia. Ahí tiene V. mi *ultimatum*.

—Ese es el *casus belli*.

—Séalo en hora buena.

—¡Qué! ¿Quiere V., señora, que apele á la violencia...? Pues bien: soy capaz de entregarme á los mayores excesos: entraré á saco, y todo lo llevaré á sangre y fuego. Voy á poner en campaña todo mi ejército. Usted no sabe todavía lo que hay detras de la *Sublime Puerta*. ¿Qué quiere V.? ¿Que la ablande con mis lágrimas? ¿Que la enternezca con mis sollozos? ¿Que me humille? ¿Que suplique...? Pues bien: no quiero que se diga que por mí se rompe el equilibrio europeo... Aquí me tiene usted de rodillas... El Gran Turco á los pies de Ana Bolena.

—¡Alce V.! ¡alce V.! exclamó ella: ¡qué compromiso! Puede llegar algun imprudente... pueden vernos... ¡Es V. atroz!

—Muy bien, dijo él levantándose: he agotado los recursos de la paz; ahora apelaré á la guerra, y la Europa entera estará de mi parte. Robaré á Emilia como París robó á Elena. Desde este momento

quedan rotas las hostilidades. Emilia tiene veinte años, y ya puede disponer de su corazón y de su mano... La ley nos ampara, la autoridad nos protege, y antes de una hora V. no tendrá hija, y yo estaré á dos dedos de tener mujer. He dicho.

Y semejante al general O'Donnell en las conferencias anteriores á la batalla de Vad-Ras, se encasquetó el sombrero que habia tenido en la mano, hizo una cortesía de enemigo victorioso, y se retiró majestuosamente.

El general O'Donnell (Dios lo haya perdonado) se retiró de la conferencia en que los moros proponían la paz, por no oír la condición de que Tetuan habia de ser devuelta al Rey de Marruecos. Nuestro héroe, igualmente indignado, dió por concluidas las negociaciones, por no oír condición ninguna.

El primero dió una batalla y consiguió una nueva victoria al pie del Fondac, y puso término á la guerra devolviendo á los moros la ciudad conquistada. Ahora veremos cómo el ingrato amante de la pobre Juana sale del belicoso empeño en que lo dejamos metido.

VIII.

Venganza.

En cuanto la señora se vió sola, sintió allá, en lo más recóndito de su cólera comprimida, ardientes deseos de llevarse ambas manos á la cabeza, y primero uno, y luego otro, aplicarse hasta tres furiosos tirones de los perfumados rizos que coronaban su frente. Mas es el caso que este desahogo de su ira ofrecia varios inconvenientes. Por dé pronto, se esponia á deshacer el artificio de su peinado alto, majestuoso y erguido como la cimera de un casco romano; y no era esto lo peor, sino que corria el inminente peligro de quedarse en la mano con las magníficas trenzas que, como grandes serpientes, se enroscaban sobre su cabeza; porque, preciso es decirlo, aquel copioso cabello no era un don especial de la naturaleza: era

más bien una prodigalidad del peluquero: por supuesto prodigalidad obtenida á los precios corrientes.

Desistió, pues, de su intento, reservándose los tirones para ocasion más oportuna, y la pegó con el abanico, abriéndolo y cerrándolo con verdadera furia, fenómeno atmosférico que anuncia siempre tempestad; su respiracion se dejaba sentir por ráfagas huracanadas, brillaba en sus ojos el relámpago, y estaba á punto de estallar el trueno en su boca.

Daba largos pasos sobre la arena de la esplanada como una leona herida, haciendo volar los *cogidos* de su *sobrefalda* y las flotantes cintas de su tocado, á la vez que barria el suelo con la tendida cola de su vestido.

—¡Oh! exclamó al fin. Este es el chasco del siglo. Me creí mujer, y me encuentro á dos dedos de ser suegra. ¡Suegra! ¡Uf qué palabra! Pero ese imbécil, ¿por qué no se esplicó claramente desde un principio? Y ¿dónde se ha visto que una hija se case antes que su madre? No, no: no paso por eso; me opongo resueltamente á semejante boda. Emilia sabe muy bien dónde le aprieta el zapato, y no se decidirá sin mi consentimiento. ¡Como que es más pobre que las ratas, y espera que yo le deje mi fortuna! ¡Nunca, nunca!

Si consiento, me hundo. Cáselos V., y, es claro, en seguida se llenarán de hijos, y me llamarán gritando: «¡Abuelita, abuelita!»

Aquí debió llegar al colmo de su enojo, pues hirió violentamente el suelo con la planta del pie, y exclamó:

—¡Ah...! ¡Sería mil veces madre antes que ser una sola vez abuela...!

Después de este arranque impetuoso de su furibunda elocuencia, se quedó pensativa...

—¡Bah! dijo: no debo fiarme de la sumisión de Emilia... ¡Caramba! Las mujeres lo atropellan todo por casarse... ¡Se tiene tan poco juicio á los veinte años...! Es muy capaz de cerrar los ojos á la perspectiva de mi herencia, y apechugar con ese hotentote, que al fin y al cabo posee treinta mil reales de renta... ¡Valiente cosa...! Con treinta mil reales de renta no tiene la niña para cintas, ni para moños; pero ¿qué le importa eso? tendrá marido, y mientras dura, vida y dulzura... ¡Qué lástima de tranca...! Ello es que si se les ha puesto en la cabeza, se encasullan, y ese salvaje se reirá en mis barbas.

Al pronunciar la última frase se sentó como abrumada por el peso de sus pensamientos, y al parecer la furia de la tempestad había pasado.

—Afortunadamente, siguió diciendo, he sido bastante diestra, y él no ha podido comprender lo que por mí pasa: habría sido capaz de darle un cuarto al pregone-ro, y ponerme en berlina. Pero vamos á cuentas... ¿Me resigno...? ¿Consiento buenamente en que se casen, y devoro en silencio mi engaño...? Eso sería hacerme cómplice contra mí misma. No, no; es un calavera, loco de atar... ¡Pobre Emilia...! Sería con él la mujer más desgraciada del mundo... No es feo, pero es brusco... y *rococó*, y además ha de ser tacaño... y celoso... ¡Qué horror! ¡Un marido celoso...! Ella no tiene todavía esperiencia para manejarlo, y á los dos meses se tirarian los trastos á la cabeza, serian las guerras civiles... A ella, como es natural, le gusta el trato, la sociedad, el lujo, los bailes, los paseos y los teatros; en una palabra, el mundo, porque esa es la esmerada educacion que ha recibido; y ese demonio de hombre ha de ser un marido sobon, *cursi*, cominero... insoportable... No, no; no debo comprometer la felicidad de Emilia, porque al fin su padre me la recomendó al morir; y á mi lado nada le falta y puede aspirar á una boda más ventajosa... y no pierde el tiempo. Me casé yo á los treinta cumplidos... Todo esto está muy bien; pero supongamos que le ha entrado la prisa

del casorio, y que pone pies en pared y cierra los oídos á mis consejos... y se casa, y ese badulaque... se sale con la suya... Entonces... quedaré yo lucida.

Esta idea volvió á poner en movimiento sus nervios, fácilmente irritables, y levantándose, comenzó de nuevo á dar largos paseos de un extremo á otro de la esplanada. El abanico abierto, digámoslo así, de par en par, se agitaba en su mano, haciendo flotar los rizos y las cintas del peinado con violentas ráfagas de aire, siendo como el huracan de la tormenta que nuevamente rugia en su pecho.

—Y no es esto solo, siguió diciendo; si yo me cierro á la banda y ella se obstina, habrá el escándalo consiguiente, y ese deslenguado soltará la maldita, y me irá poniendo por todas partes de vuelta y media. ¿Y cómo se esplicará la malicia de las gentes mi oposicion á este matrimonio...? ¡Pues...! Dirán unos que es envidia... que estoy desesperada con mi viudez... que soy una vieja verde que he perdido el juicio... Otros dirán que es codicia, que me valgo de este recurso para no rascarme el bolsillo y dar á la boda el esplendor que mi posicion exige, y seré el platillo de las conversaciones y el blanco de la murmuracion. ¿Y qué hago? Nada... Me encuentro indefensa... sola en el mun-

do... ¡Ah...! exclamó registrando el bolsillo de su arrogante vestido. Ni siquiera puedo llorar, porque ese maldito se ha llevado mi pañuelo.

Se hallaba, como vemos, en una posición difícil, porque tenía empeñada en ella toda su vanidad de mujer, ¡oh! y de mujer ya entrada en años. Había vislumbrado la ansiada perspectiva de un segundo matrimonio, y la había visto desvanecerse como un sueño; y es el caso que aquel imbécil, aquel salvaje, aquel hotentote, aquel calabaza, aquel marido sobon, *cursi*, cominero, insoportable... en una palabra, aquel demonio de hombre llenaba perfectamente la medida de sus deseos. No se puede decir que era ambiciosa.

—¡Venganza! ¡Venganza! gritó de repente; pero no una venganza fugitiva, sino una venganza, lenta, sorda, continua, terrible... Un puñal fino, agudo, penetrante, que se hunda poco á poco, que penetre línea á línea... Sí; me parece que entreveo una gran venganza... ¿No quiere ser mi marido...? Corriente; será mi esclavo... le voy á imponer la tiranía de mi genio. ¡Oh! ha de estar en un pie como las grullas. ¡Ya está fresco...! Seré su suegra, y le aseguro que le ha caído la lotería. Ser su suegra... esta es mi venganza.

za... Lo he de freir á fuego lento. Emilia me vengará.

Por el ademan resuelto que adoptó al espresarse de este modo, se colegía que se hallaba satisfecha de su propósito.

No era floja la venganza que se proponía llevar á cabo.

Al resignarse, puesto que no habia otro remedio, á ser, digámoslo así, la suegra del hombre que, sea como quiera, la habia engañado, no abrigaba el propósito de introducir la discordia en el matrimonio, haciendo que el marido y la mujer anduvieran á la greña un dia sí y otro no de la semana. Al contrario: su fin era domesticar á la fiera salvaje de aquel hombre, y convertirlo en un cordero, para que Emilia fuera la mujer más dichosa del mundo.

Su plan consistia en no separarse de la hija de su difunto marido, y guiarla hábilmente con oportunos consejos, para que no abusara de su debilidad y de su inocencia.

Por supuesto, ni la madre ni la hija perderian fiesta, ni recreo; frecuentarian los teatros, los bailes, los paseos; abririan sus salones para recibir los mártes y los sábados, y pasarian la vida alegres como unas castañuelas. No podria quejarse el ingrato amante de la pobre Juana, porque

real y verdaderamente iba á estar divertido, aunque interiormente se lo llevaran todos los demonios. Le seria forzoso acompañar á las señoras á las diversiones y á las visitas, y estaria perpetuamente en movimiento, como palillo de barquillero. La viuda habia tendido en el telar de su imaginacion la urdimbre de una vida animada y brillante, y tejia la tela de sus propósitos sirviéndole de lanzadera su futuro yerno.

—Muy bien, dijo; al fin tendremos un hombre en casa, que esté al frente de los negocios y se entienda con las modistas y con los cocheros. Pero ese pícaro, añadió súbitamente alarmada, me ha amenazado con un rapto; es muy capaz de cualquier cosa, y en un baile todo es posible. Corro, corro al lado de Emilia.

Y diciendo y haciendo, recogió la amplia falda de su vestido, y se lanzó á la carrera, con todo el ímpetu con que se llevan á cabo las grandes resoluciones.

Estaba impaciente por realizar su plan, y por otra parte temia que su mortal enemigo le ganara por la mano, anticipándose á hablar con Emilia.

IX.

Las orejas del lobo.

Tan impetuosamente corria, que no tuvo tiempo para ver á su formidable enemigo, que con el sombrero echado hácia atras, los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos fijos en la tierra, se adelantaba lentamente, absorto, al parecer, en hondos pensamientos... y ¡claro está! se encontraron en el mismo camino, y, como la vez primera, chocaron violentamente.

Ella retrocedió colérica, diciendo:

—¡Oh...! ¡Esta noche estamos ciegos!

Mientras él, asiendo la primera silla que encontró á la mano, la enarboló con ímpetu amenazador, exclamando iracundo:

—¡Señora...!

La demostracion era tan viva, tan elocuente, tan terrible, que la presunta sue-

gra creyó muy oportuno retirarse algunos pasos para ponerse fuera del alcance de la silla, pronta á caer sobre su cabeza, y con acento aterrado preguntó:

—¿Qué va V. á hacer...?

—Nada, contestó el futuro yerno bajando el brazo; nada, absolutamente nada.

—Entonces, volvió á preguntar ella con voz más firme, ¿para qué ha cogido V. esa silla?

—¿Para qué he cogido esta silla...? ¡Bah...! La pregunta es graciosa. Calcule usted; para lo que se cogen todas las sillas del mundo... para sentarme.

Y dejando el sombrero en otra silla que encontró al paso, y arrastrando la que aun tenía en la mano hácia un extremo de la esplanada, la puso de golpe en el suelo, y se sentó en ella.

Este alejamiento significaba, por lo menos, que no volvía del salón del baile muy dispuesto á emprender nuevas conversaciones... Con los codos sobre las rodillas y la cabeza sepultada entre las manos, mostraba bien claramente que traía un humor muy poco comunicativo.

La viuda se atrevió, no obstante, á dirigirle la palabra, y con sonrisa bastante burlona le dijo:

—Me parece que vuelve V. algo contrariado.

—Bastante, contestó. Esa danza infernal me ha metido en el cuerpo una legion de demonios.

—¿De manera que vendrá V. hecho un infierno?

—¡Vea V.... vea V. cómo vengo de polvo! Diciendo esto mostraba las botas, y sacando un pañuelo del bolsillo de la levita, comenzó á golpear el charol de su correcto calzado, exclamando con voz tempestuosa:

—¡Qué baile... Dios eterno, qué baile!

—¡Qué hace V.! gritó ella. ¡Se está V. limpiando las botas con mi pañuelo...!

—Es verdad, señora, dijo él examinando el pañuelo que tenia en la mano: perdone V.; pero es que de este maldito jardin no quiero llevarme ni el polvo.

—Vamos, V. ha pisado alguna mala yerba.

—Muy mala, señora, muy mala.

—Sin duda... porque trae V. una cara que da miedo. ¡Jesus, qué ojos...! ¡Qué ojos de basilisco...!

Conforme hablaba, daba pasos hácia atras para hacer más espresivas sus palabras; y de este modo llegó hasta tropezar con la silla en que el furioso jóven habia dejado su sombrero, y se sentó de golpe.

El sombrero se aplastó, crugiendo bajo

el peso respetable de aquella humanidad de cuarenta y cinco años, y el futuro yerno saltó sobre la silla, exclamando:

—¡Santo Dios, mi sombrero...!

—En efecto, dijo la suegra... No habia reparado... ¡A quién se le ocurre ponerlo donde el primero que llegue puede sentarse...! Vamos, esta noche está V. dejado de la mano de Dios... Tome V.... tome usted su sombrero.

Con furor reconcentrado tomó nuestro héroe el sombrero hecho una torta, que su futura suegra le presentaba, y, contemplándolo, volvió á sentarse, diciendo:

—¡El número uno...!

—¿Qué se ha hecho? preguntó ella.

—Nada, contestó él: se ha deshecho.

La señora tambien volvió á sentarse, quedando ambos frente á frente á cierta distancia, mirándose de reojo.

—Cualquiera diria, advirtió ella, que acaba V. de dar un mal paso... Se parece V. á Napoleon en Santa Elena. ¿Qué medita V. tan profundamente...?

—Medito... que soy un imbécil.

—Vamos, eso es ponerse en razon.

—Sí, señora.

—Pues bien: si es V. razonable, todo podrá arreglarse: yo he reflexionado... y...

—Y ha perdido V. el tiempo, porque yo he reflexionado tambien,

—¿Y qué?

—Que he cambiado de modo de pensar.

—¡Hola...!

—Lo que V. oye. Sí, señora; se me ha caído la venda de los ojos.

—¿Quiere decir que se ha convencido V. de su ceguedad?

—Así, como suena.

—¿Y cómo ha sido eso?

—De un modo raro, que es al mismo tiempo muy frecuente. Una cosa así, parecida al despertar de un sueño. Imagínese V. que acabo de ver por primera vez una cosa que salta á los ojos, y que antes habia visto muchas veces.

—¡Oh! Está V. incomprensible.

—¡Ahí verá V.! Y sin embargo, la cosa no puede ser más clara.

Aquí la viuda acercó la silla en que estaba sentada á la de su interlocutor con curiosidad burlona, y bajando la voz le preguntó:

—Pero, vamos á ver, ¿qué ocurre?

El cogió también su silla, acercándola á su vez, y contestó, imitando la voz y el tono de la viuda:

—Ocurre... ¡Friolera! Calcule V.; le he visto las orejas al lobo.

—¡Las orejas al lobo! ¿Qué me cuenta V.?

—Lo que oye.

—¿Cómo?

—Enteramente lo mismo que la estoy viendo á V. en este instante.

—Es curioso esto.

—¡Oh, sí! Muy curioso.

—Refiera V. el caso, porque debe ser interesante.

—Oiga V.

—Oigo sin pestañear.

—Yo salí de aquí hace diez minutos embebido en la contemplacion de mi próxima dicha, seguro de vencerla á V. en el terreno de la fuerza. Como Bonaparte en Waterlloo, contaba con noventa y nueve probabilidades contra una. Más aun; pues, como Julio César, contaba con la fortuna, esto es, contaba con Emilia.

—Ya comprendo; la fortuna le ha vuelto á V. la espalda.

—Espere V. Al entrar yo en el salon del baile prorumpió la orquesta en un wals triunfante; era una especie de paso de carga, un torbellino de música; parecia que aquellos compases arrebatados celebraban mi victoria. Pues bien: á los pocos instantes vi pasar por delante de mí dos...

—¿Dos lobos?

—Es lo mismo. Una pareja diabólicamente enlazada, con las bocas entreabiertas, los ojos encendidos, las respiraciones fatigadas...

—¡Jesus qué miedo!

—Miedo... no; diga V. más bien: ¡Qué vergüenza!

—¡Vergüenza! ¿Por qué?

—Porque... Vamos, no sé cómo referirlo.

—¿Tan raro es el caso?

—No: precisamente raro no es; pero hay cosas que se ven, que se pueden ver, que las vemos todos los días, y sin embargo no se pueden contar.

—¿Por qué razón?

—Por una razón tremenda; porque parece que los ojos tienen menos pudor que los oídos.

—Si V. no se explica más claramente, le confieso que me quedaré en ayunas.

—La cosa es natural, muy natural... ¡Ya lo creo! lo más natural del mundo; pero no se comprende si no se pinta con sus verdaderos colores, y sus verdaderos colores son escesivamente vivos. No hay palabras con qué pintarlo. Deje V.: me ocurre una idea... Tal vez pueda V. entenderme por señas... Acérquese V. Abandóneme usted su mano derecha. Así... Ahora suponga V. que yo la oprimo contra mi corazón.

—Lo supondré.

—La mano izquierda la apoya V. sobre mi hombro... Eso es; y yo le rodeo la cin-

tura con mi brazo derecho... completando de este modo la situación del grupo... ¿Se entera V.?

—Todavía no acabo de comprender á dónde va á parar todo esto.

—Pues añada V. el calor, el ruido, la confusión, el movimiento, la música... ¿Oye V...? Ese wals que embriaga, el vértigo, en fin, que aturde, que mareja, que ciega... Imagínese V. que algún curioso nos sorprendiera aquí en este momento; ¿qué pensaría de nosotros al vernos en la actitud que nos encontramos?

Estas últimas palabras produjeron en la viuda una especie de sacudimiento eléctrico, pues desasiéndose de los brazos de aquel hombre extravagante, se retiró á una respetuosa distancia, diciendo:

—¡Oh...! ¡Sería una vergüenza!

—Pues así, insistió él, los he visto yo pasar por delante de mis ojos.

—Al verse sorprendidos por V., se quedarían muertos.

—¡Muertos...! No, señora; siguieron adelante como si tal cosa; ella con la sonrisa en los labios... ¡Y qué sonrisa...! El... ¡figúrese V.! en sus glorias... ¡Qué espectáculo...! ¡Qué accidentes...! ¡Qué pormenores...! Yo he visto eso muchas veces, pero esta vez me ha llegado al alma.

—¡Qué audacia...! ¡En un sitio tan

público...! ¡En una sociedad tan escogida...!

—Eso es; precisamente en un baile á beneficio de los niños de la Inclusa.

—Y bien, advirtió la viuda encogiéndose de hombros: á nosotros, ¿qué nos importa eso?

—A mí, señora, me importa mucho.

—Eso quiere decir...

—Quiere decir... que le he visto las orejas al lobo.

X.

El wals.

No acertaba la suegra á compaginar lo que acababa de oír con el asunto del matrimonio; porque, en efecto, ¿qué tenía que ver aquel incidente con la cuestion que ambos traian entre manos? Además, lo que le habia referido era inverosímil; semejante desvergüenza habria escitado la indignacion del concurso, y la atrevida pareja que de tal modo ofendia el decoro público, habria sido arrojada del baile. ¿Cómo tantas personas decentes habian de consentir aquel ultraje hecho á la honestidad, á la decencia y á las buenas costumbres...? Porque, sea como quiera, allí se hallaban reunidas las familias más ilustres, madres severas, hijas esmeradamente educadas, que no habia motivo

ninguno para creer que hubieran perdido la inocencia del colegio.

Es verdad que esta señora habia visto algunas veces grupos análogos y cuadros idénticos en los pasillos de los teatros en las noches del Carnaval; mas ya se sabe que á los bailes de máscaras acuden en gran abundancia las mujeres de costumbres equívocas... y no son raros semejantes espectáculos; pero en una reunion tan escogida, donde reinaba el trato más esquisito, ¿cómo era posible una escena de tal modo escandalosa? Preciso era que hubiesen perdido el juicio, cosa hasta cierto punto posible, en razon á que en el *bouffet* se servian toda clase de vinos. No obstante, se resistia á creerlo.

Positivamente el amante de Emilia habia visto visiones... Tal vez era todo ello una mera invencion para disimular el coraje de su derrota... Emilia se resistia á sus locas pretensiones; volvía furioso, y apelaba al recurso de esa trágica indignacion para encubrir la verdadera causa de su enojo. Y... ¡claro está! un jóven tan metido en los placeres del mundo, tan resuelto, no habia de escandalizarse de una escena que más de una vez habria visto á la brillante luz del gas en las calles más públicas de Madrid... Sin más averiguaciones, la viuda dió el hecho por

inverosímil, sacando en limpio que su mortal enemigo, desahuciado por Emilia, volvía á entablar con ella nuevas negociaciones.

En este momento la orquesta llenó nuevamente el aire de ardientes melodías, haciendo sonar las notas arrebatadas de un wals irresistible; y la buena señora, arrastrada por el torrente de la música que llegaba á sus oídos, comenzó á balancearse siguiendo el compás, al mismo tiempo que decía:

—¡Vaya...! ¡Todo eso que V. me cuenta es increíble!

—¡Increíble...! Bueno, convengo en que sea increíble; pero yo aseguro que es exacto.

—No hay, replicó ella, en esta reunion escogida dos personas capaces de dar un espectáculo de esa manera.

—¡Dos...! exclamó él; por mi cuenta hay tantas como personas nos encontramos en este sitio.

—¡Bah...! V. ha experimentado algun contratiempo, y el mal humor es así... todo nos lo hace ver oscuro.

—Al revés, señora; ese espectáculo, que la decencia no permite pintar con todos sus colores, ha sido para mí un rayo de luz repentina. Veo claro, clarísimo, con una claridad que espanta.

Diciendo esto, abría los ojos tan desmesuradamente, que su futura suegra empezó á sospechar con cierto terror si tendría delante á un hombre que padeciera accesos de locura.

—Bien, le dijo; de todas maneras, no hay motivo para enfurecerse de ese modo; y por lo que á mí hace, insisto en que necesitaria verlo para creerlo.

—Pues es sumamente fácil que se desengañe V. por sus propios ojos, si es que no tiene telarañas en el entendimiento. Vea V... añadió acercándose á la boca-calle de árboles que conducia al salon del baile; desde aquí se distingue perfectamente el foco luminoso de la fiesta... Venga usted, porque la cosa va á empezar de nuevo.

—¿Qué se ve...? preguntó ella acercándose.

—Espere V. un momento... Ahora mire V.

—No veo nada.

—¡Oh! exclamó con impaciencia. ¡Las madres siempre ciegas...!

La señora tuvo intenciones de echar á correr, porque decididamente aquel hombre estaba loco; pero contuvo los impulsos de su miedo. ¡Bah...! ¡Era un loco tan divertido...!

—Digo, replicó, que veo mucha gente.

—Pues bien: fíjese V. en aquella cabe-

za rubia, de espléndidos rizos... En aquellos hombros desnudos, blancos como la nieve, en aquella falda verde con encajes blancos.

—¡Oh! ¡Si es Emilia...!

—Fíjese V. ahora en aquel jóven medio calvo que habla con ella.

—Sí: es Campoverde... Está educado en Paris... Ese chico será millonario.

—Vea V. ahora cómo el Sr. Campoverde rodea la cintura de Emilia.

—Lo veo perfectamente.

—¿No ve V. sus manos enlazadas?

—Sí, sí.

—¿No ve V. sus rostros confundidos?

—Cierto.

—¿Los ve V. lanzarse abrazados en medio de la muchedumbre? Véalos V., arrastrados por el vértigo, rodar ansiosos por el borde del abismo. Véalos V... Sus miradas centellean, sus sonrisas arden... ¿Necesita V. ver más todavía?

La viuda miró al amante de su hija con verdadero asombro. Decididamente estaba loco, y sintió hácia él compasion; porque, sean los que quieran los motivos de resentimiento que abrigara en su alma, tenia un corazon sensible. ¡Loco, y loco rematado!

—¿Es eso, preguntó, todo lo que V. ha visto?

—Eso. ¿Le parece á V. poco?

—Me parece la cosa más natural del mundo.

—¿Pues no decia V. antes que era un escándalo?

—Es verdad; pero no es lo mismo... Usted lo saca todo de quicio.

No debe sorprendernos que la presunta suegra viera en su futuro yerno los síntomas patentes de una cabeza estraviada, porque cuando la mitad del género humano pierde el juicio, los cuerdos son los locos.

Nuestro héroe se cruzó de brazos y se encogió de hombros; no sabia cómo iluminar las oscuridades de aquella ceguedad tenebrosa... La buena señora lo habia visto todo, y sin embargo no veia nada.

—Bien, dijo: será la cosa más natural del mundo; pero es una cosa terrible...

—Venga V. acá, hombre de Dios, replicó ella. ¿No ve V. que todas hacen lo mismo...? ¿No ve V. que estamos en un baile...? ¿No ve V. que están valsando...?

—¿Es decir, se apresuró á replicar, que cuando se valsa el brazo no es brazo, la cintura no es cintura, las manos no son manos, la mujer no es mujer, ni el hombre es hombre?

—No digo eso.

—Entonces, ¿qué es lo que V. dice?

—Bien claro está.

—Dirá V. que el wals es un derecho honesto que concede al hombre la facultad de abrazar públicamente á todas las mujeres, á la vez que impone á la mujer la obligación de dejarse abrazar públicamente por todos los hombres... ¿No es esto?

—No, señor... No es eso... El baile es un placer lícito, admitido y corriente... Todo el mundo baila, y el mismo David en persona bailó delante del Arca.

—Sí; ya sé que el mundo se ha convertido en una verdadera danza... Yo mismo hasta hace un momento no he sido más que un danzante. Pero ¿sabe V. lo que es el desenfreno de ese wals íntimo, que autoriza á las mujeres honradas para que puedan perder el juicio...? ¿Sabe V. á dónde lleva esa licencia concedida por las costumbres, que permite á la mujer honesta hacer en público con el primero que llega lo que no se permitiría en su propia casa con su propio marido en presencia de sus criados...? ¿Sabe V. lo que es un *wals*?

—¡Oh! ¡Es V. atroz...! ¡Qué manera tan horrible de desfigurar las cosas!

Nuestro hombre echó atrás las manos con mal reprimida impaciencia, y preguntó muy amablemente:

—Señora, ¿no ha valsado V. nunca?

Esta pregunta, disparada á boca de jarro en el momento mismo en que el wals era objeto de tan vivas acusaciones, hizo vacilar á la madre de Emilia, que bajó los ojos, diciendo:

—¡Yo...!

—V. ha valsado...

—Bien: ¿y qué?

—Nada, señora... Todos los incentivos, todas las voluptuosidades, todas las contingencias... Nada; la luz, el aire, la música, los perfumes, el compás, el movimiento, la confusion... Nada... Absolutamente nada.

—Sí, añadió ella: convengo en que puede ser un peligro; pero, desengáñese V., la que no quiere...

Nuestro héroe era implacable y no la dejó terminar la frase.

—¡La que no quiere...! exclamó: sí, señora, la que no quiere... ¡claro está! no valsa.

XI.

Rompimiento.

—Verdaderamente, dijo la señora, habla V. como un misionero; y si en vez de predicar en este jardín, animado por el bullicio de un baile, predicara V. en los desiertos de Africa, sus sermones causarían un grande efecto.

—Ya veo, señora, replicó él, que lleva V. en el entendimiento telarañas inestinguibles. Si le parece á V. poco las indecorosas eventualidades de un wals; si le parece á V. que debe esponerse á ese abrazo estrecho, íntimo é interminable la inocencia de unas, la honestidad de otras y el decoro de todas, por mi parte puede V. desnudarse desde ahora mismo del último resto de dignidad y bailar el *cancan* en medio de la plaza pública. Yo le prometo á V. de antemano un éxito segu-

ro; obtendrá V. los aplausos de la concurrencia; no le faltarán á V. espectadores. Pero entre tanto convenga V. conmigo en que lo que acaso no se consigue en dos años de seducción tenaz y asidua, se puede conseguir en dos vueltas de wals íntimo. ¡Qué confianza! ¡Qué abandono! ¡Qué desvergüenza!

Ella preguntó:

—¿Y á quién se propone V. convencer con esas exageraciones de su mal humor? ¿Por ventura es el wals una invención moderna, que ha venido de golpe y porrazo á corromper nuestras costumbres? El mundo va por ahí hace mucho tiempo, y es un insensato el que quiera oponerse á la corriente.

—Yo, señora, no me propongo convencer á nadie: pinto las cosas como son, advierto los peligros que ofrecen, y dejo á cada cuál que se descuerne como lo tenga por conveniente. El vicio es antiguo: ¡ya lo creo! como que está en la masa de la sangre del género humano, y hay llagas en nuestras costumbres á las que no se puede tocar, porque todos las padecen. Los regeneradores de la sociedad presente se quemán las cejas buscando la emancipación de las mujeres, cuando en verdad una mujer bailando en brazos del primero que llega es la imágen

más perfecta de la mujer libre, de la mujer emancipada de todo decoro. Estoy seguro de que mi madre no valsó nunca; y si tuviera una hija, le juro á V. que nunca valsaría.

—Está V. terrible; y le advierto que si da en la manía de encajarnos esos sermones, va V. á perder el pleito con las mujeres; porque, no hay que darle vueltas, por valsar se despepitan todas.

La réplica era terrible: irracional, eso sí, pero tremenda; era contestar, digámoslo así, con el testimonio de la opinion pública; era, como se usa en los Parla-mentos, echar sobre la razon el peso de una mayoría; ó como se usa entre las naciones cultas, lo mismo que entre las naciones salvajes, echar sobre el derecho un ejército. La fuerza de esta réplica consistia en las fuerzas reunidas de todas las mujeres juntas.

Un millon de ellas, por lo menos, jóvenes, frescas, risueñas, espirituales, llenas de encantos y de adornos, iban á abrumarlo con sus burlas y á confundirlo con sus desdenes. La bella mitad del género humano, con sus labios de púrpura y sus dientes de perlas, iba á reirse de él en sus propias barbas.

Pudiera ser que alguna madre algo reflexiva, ó alguna abuela un poco juiciosa,

salieran á su defensa; pero tan débil auxilio seria inútil contra el torrente de tantos corazones jóvenes, ansiosos de valsar con aquel ó con este, con uno ó con otro.

Nuestro hombre se sintió arrastrado por la fuerza de la réplica, y no supo qué contestar.

Ella añadió:

—Usted lo que tiene es que está celoso.

—¡Celoso!

—Eso mismo.

—¿Por qué?

—Porque valsa.

—Es posible.

—Y los celos hacen ver visiones.

—¡Pero, señora, V. misma lo ha visto!

—¿Que he visto?

—¡Friolera! Que mientras á mí no me concede su mano si V. no da antes su consentimiento, al Sr. Campoverde, previa la amplia licencia de un wals, le entrega la mano, el brazo, el hombro, la cintura. Esto salta á los ojos...

—¿Y bien?

—Que renuncio mis pretensiones, que desisto de mi felicidad, que no quiero ser dichoso.

—Muy bien... Celebro tan juiciosa determinacion... ¡Pobre Emilia! Iba á hacer un buen negocio. ¡Y yo, tonta de mí, que

por pura bondad me sentia inclinada á consentir! A los quince dias la habria V. matado tísica...

—¿Y le parece á V. que habria yo hecho un bonito negocio? Supóngase V. que cierro los ojos, que no veo nada de lo que he visto, que doblo la cabeza y me caso; y le digo: «Querida mia: basta de bailes, basta de locuras; tu mundo es tu casa...»

—No siga V., caballero. A los veinte años, cuando está en la flor de su juventud y de su belleza, eso seria enterrarla viva; para eso se compra una esclava. ¡Y buen genio tiene la niña para sufrir ese despotismo...! ¿Se ha creído V. que en efecto es el Gran Turco...? Y seria inútil: al pronto puede ser que apareciera resignada; pero en el fondo de su corazon sentiria horror hácia el tirano que bárbaramente sepultaba entre las cuatro paredes de la casa su juventud y su hermosura; despues iria poco á poco sacando las uñas. No tendria V. en su casa ni un momento de sosiego, porque no hay nada semejante en el mundo á una mujer que no la dejan hacer su gusto.

—No prosiga V. Seria tener una fiera enjaulada, unas uñas dispuestas siempre á sacarme los ojos, un ataque de nervios por la mañana, otro por la tarde, y otro por la noche. Tempestades de sollozos,

huracanes de suspiros, y diluvios de lágrimas. Esto es: el infierno dentro de la casa.

—Y no es eso solo.

—Es verdad.

—¡Ya ve V.!

—¡Oh, sí!

—Al fin y al cabo...

—¡Por supuesto!

—No somos de bronce.

—Al contrario; son Vds. de vidrio.

—Tanto va el cántaro al agua...

—Eso es, que al fin se quiebra.

—Nadie tiene la vida en el bolsillo.

—Y la virtud mucho menos.

—La pobrecilla...

—¡Infeliz!

—Acabaría por morirse.

—O Dios sabe.

—Y V. sería su asesino.

—O su víctima.

—Inspiraría V. horror.

—No, risa.

—Hé ahí las consecuencias.

—Justo.

—Me parece que esto no tiene vuelta de hoja.

—Es verdad... Acaba V. de hacerme comprender todos los inconvenientes de semejante sistema, y cambio de propósito.

—Eso es lo cuerdo.

—Me caso, pues, y le digo: Encantadora Emilia, eres demasiado jóven, demasiado bella, para sepultarte entre las cuatro paredes de tu casa, cuando el mundo te ofrece todavía tantos placeres y tantos triunfos.

—Eso es más razonable.

—Yo soy tu marido, pero no quiero ser tu tirano... Eres libre... No he de privarte yo de las inocentes satisfacciones que el lujo te ofrece... Gasta, triunfa, y goza. ¿No es esto?

—Eso mismo.

—Muy bien: Emilia sería la mujer más feliz del mundo, la primera en todas las fiestas. Sería mi mujer, y el Sr. Campoverde continuaria siendo su pareja. Cuando digo Campoverde, quiero decir cualquier danzante. Será mi mujer en mi casa, y su pareja en todos los bailes. Yo le doy mi mano y mi nombre, y él sus brazos; yo me caso, y él valsa. ¡Oh, no! Eso no es posible; prefiero, señora, que me entierren con palma. Retiro mis pretensiones. Huyo de la felicidad que habia soñado, por no caer en la desventura que estoy viendo. Es un rompimiento terminante, formal, categórico, definitivo é irrevocable. Reciba V., señora, el testimonio de mi consideracion, y como si no

nos hubiéramos visto nunca. Conque... buenas noches.

Dijo, se inclinó, trazando una ceremoniosa cortesía; y dando media vuelta, fue á sentarse en un extremo de la esplanada.

Allí compuso tranquilamente su sombrero, medio aplastado todavía, apoyó el codo sobre el respaldo de la silla, y dejó caer la cabeza sobre la mano, dejándose llevar por el torbellino de pensamientos que agitaba su espíritu.

Cualquiera que sea la extrañeza que nos cause las singularidades de este personaje, comprenderemos que habia caido de las alturas de su soñada dicha á la realidad de un triste desengaño.

Allá en su imaginacion se habia forjado esa felicidad más ó menos quimérica que la mayor parte de los hombres se forjan ante los seductores atractivos de la primera mujer desconocida que les sonrie. Esta felicidad habia tomado en su ánimo cierta consistencia, á lo cual contribuia en mucha parte la natural terquedad de su carácter.

Hacia un año que no pensaba en otra cosa; veia á Emilia de lejos, se contentaba con sus miradas, y le llenaban de gozo sus sonrisas; vivia entre inquietos temores y dulces esperanzas.

No diremos que era un amor ideal, pero sí un amor más fantástico que positivo. Venía á ser como la novela de su corazón.

El objeto de estas tenaces imaginaciones aparecía siempre á sus ojos entre nubes de encajes y seda, iluminada por el vivo resplandor que baña el rostro de las mujeres satisfechas de sí mismas; su presencia era una aparición, y experimentaba al verla el deslumbramiento que producen los relámpagos.

¡Ya se ve! Todas estas circunstancias eran bastantes para que á nuestro héroe se le fuera el santo al cielo.

Pero hé aquí que al acercarse esta felicidad tanto tiempo soñada, el encanto se desvanece y la ilusión se disipa. Cuando menos lo teme, cuando menos lo espera, cuando más la adora, se la encuentra, testualmente, en brazos de otro. Aquel wals fue un rayo de luz que iluminó sus ojos para destruir su dicha.

Convengamos en que tenía motivo para desesperarse.

XII.

Tempestad.

No quedó la desahuciada suegra muy complacida de aquel brusco rompimiento, pero no tuvo por conveniente enojarse: antes por el contrario, tomando á risa el caso, comenzó á echarse aire con el abanico, diciendo muy sosegadamente: —

—¡Bah...! Esta es una nube de verano. Por lo demas, Emilia se reirá como una tonta del novio que le habia deparado la fortuna.

—¡Se reirá! exclamó el amante levantándose de la silla en que estaba sentado. Eso lo veremos.

—¿Y con qué derecho, preguntó ella, puede V. impedir que se ria cuanto quiera? ¿Acaso manda V. en su boca? ¡Apuradamente no es la chica tentada de la risa!

—Pues repito que lo veremos. No crea usted que yo me dejo arrebatarse la felicidad tan fácilmente. Todavía no ha nacido el que se ha de reír del hijo de mi madre.

—No veo la manera de que consiga V. sellar sus labios.

—Sí, sí, señora; la niña es bastante alegre de cascos: en eso estamos conformes; mas tenga V. presente que yo tengo una cabeza muy ligera, y cabalmente en este instante se me está ocurriendo una soberbia idea... ¡Oh, sí! El escándalo va á ser soberano: habrá gritos, desmayos, carreras, voces, lágrimas y sangre.

Y golpeándose la frente con la palma de la mano, añadió con arrogancia:

—Aquí, señora, hay algo.

Ella preguntó:

—¿Qué intenta V.?

—Intento tomar una venganza digna de la antigüedad.

—¿De qué modo?

—De un modo muy sencillo.

—Veamos.

—Hace veinte años que la plaza de San Sebastian fue teatro de un sangriento suceso. También se trataba de un baile... También fue un wals la causa inmediata de aquella catástrofe.

—¿Qué dice V....!

—Digo... que mientras ella valsaba,

bien ajena de la tempestad que se cernía sobre su cabeza, él llegó, y, sin más ni menos, hundió en su corazón un cuchillo enorme...

—Fue un asesinato horrible.

—Sin duda.

—Un crimen espantoso.

—Sí, digno de Otello.

—¡Cómo! exclamó la señora indignada: ¿ensalza V. ese crimen?

—Yo no: V. es la que lo habrá aplaudido muchas veces en el teatro Real. Yo podía hacerme célebre: yo también podía, como Otello, aspirar á ser el primer personaje de una ópera.

—¡Seria V. capaz de imitar semejante ejemplo!

—¡Oh! dijo: la celebridad es tan seductora... Pero no... mi proyecto es más completo; prefiero el drama á la tragedia.

—¿Qué es lo que V. intenta?

—Poca cosa. El Sr. Campoverde se pasea ahora muy tranquilo por el salón del baile, saboreando las delicias del wals: me acerco á él, levanto la mano, y se la planto en la mejilla. Tumulto, confusión y desafío: yo elijo las armas, nos batimos, me mata, y quedo vengado.

—¡Qué desatino!

—Mi sangre caerá gota á gota sobre la conciencia de esa señorita tan ligera de

casos. Siempre que oiga un wals temblará de pies á cabeza; mi sombra implacable la perseguirá por todas partes; no hará sueño tranquilo, y, dormida ó despierta, no podrá arrancar de su memoria mi imagen ensangrentada. Ese, ese es el drama. Verá V. cómo sienta la cabeza.

La viuda se mordió los labios por no reirse, y le dijo:

—¡Es un dolor morir tan jóven!

—Mejor: eso hará más terribles sus remordimientos.

—Va V. á afligir á su madre.

—Yo no tengo madre.

—Tendrá V. familia.

—Mi familia me heredará.

—Sus amigos...

—La desgracia no ha tenido nunca amigos.

—Eso quiere decir...

—Que el bofetón será terrible, para que el duelo sea á muerte.

—¡Qué horror!

—Nos batiremos con arreglo á los últimos adelantos del siglo, con carabina *minié* ó con fusil *chassepot*, en mangas de camisa y sin testigos; en los montes del Pardo ó en los montes de Toledo; cada uno entrará en el terreno por donde le acomode; allí nos buscaremos como el cazador busca á la fiera... y el que caiga...



*Y se lanzó hacia el salon de baile como el leon
sobre su preza...*

La viuda lo detuvo.

—¡Qué barbarie...!

—Así se hace en los Estados-Unidos, que es el país más civilizado de la tierra.

—¡Pero eso es atroz!

—Aquí no hay más que balazo limpio... Ahora verá V.

Y diciendo y haciendo, se lanzó hacia el salón del baile como el león sobre su presa...

La viuda lo detuvo, porque le agradaba oír disparatar á aquella cabeza destornillada, y por otra parte temió que pusiera en planta por lo menos la primera parte de su proyecto. Y era una broma, porque al fin el nombre de Emilia sonaría en los comentarios del escándalo. Mas no tuvo necesidad de hacer muchos esfuerzos para detenerlo, porque él mismo retrocedió, exclamando:

—¡Qué veo...! ¡qué veo...! ¡Soberbio balazo!

En aquel momento se esparció por la concurrencia que llenaba el salón del baile un rumor sordo, mezclado de gritos y de carcajadas espontáneas.

Sin duda alguna ocurría algo extraordinario, medio trágico y medio cómico, que de aquel modo escitaba la hilaridad y el terror de la concurrencia.

—¿Qué ocurre? preguntó la señora.

—Una revolución completa. La más es-

candalosa inversion del orden... ¡Santo Dios lo que veo!

—Pero... ¿qué es ello?

—Una catástrofe, la última pincelada del cuadro... Venga V., señora, venga V., porque el espectáculo es curioso.

La señora se acercó, y mirando hacia el salon del baile, dijo:

—La gente se arremolina; los más curiosos se suben sobre las sillas, unos arquean las cejas, otros se rien, y todos hablan.

—¿Qué sucede allí?

—Sucede que á una pareja se la han ido los pies, y ha caido en tierra.

—¿Cómo ha sido eso?

—Claro está, valsando.

—¡Ya!

—No es posible dar tantas vueltas sin perder la cabeza.

—Sí, es muy fácil.

—¡Ya lo creo!

—Pero es muy ridículo.

—Vea V.: ahora la levantan.

—¿A quién?

—A ella.

—Pues será alguna loca.

—Y no puede andar.

—Naturalmente.

—Ahora no podrá ocultar el pie de que cojea.

—¿Y se sabe quién es?

—Yo no veo más que una falda verde.

—¿Verde?

—Sí; con encajes blancos.

—¿Blancos?

—Sí, señora, y es rubia, y tiene un pie precioso. Véala V. Aquella, aquella es la víctima.

—¡Calle...! ¡Es Emilia!

—La misma.

—¡Acuda V., acuda V. á socorrerla!

—¿Yo...?

No esperó la viuda más tiempo, pues comprendió que su presencia era necesaria cerca de Emilia. Al alejarse del sitio que hasta ahora ha sido teatro de estas escenas, iba murmurando palabras ininteligibles.

En cuanto Jaime se vió solo, cogió el sombrero y lo arrojó contra el suelo. Miró á su alrededor con todo el ademan del que busca un poste bastante duro sobre el cual estrellarse la cabeza, y cerrando los puños, tendió los brazos en el aire como si amenazara á la vez al cielo y á la tierra.

Hasta entonces habia contenido los impulsos de su cólera, porque la tempestad de su corazón, semejante á las tempestades de la naturaleza, necesitaba la soledad para desbordarse.

Su furia nacia principalmente de su propia debilidad: no se sentia con fuerzas para renunciar á Emilia, y le faltaba valor para cerrar los ojos y lanzarse al abismo de su dicha.

Su espíritu estaba pasando por el horror de una vacilacion tenebrosa; y por cómico que nos parezca su carácter, en el fondo de su alma se agitaba una tempestad que podia causar grandes estragos en una cabeza en que se encontraban bastante oscurecidas aquellas ideas sanas y puras que la verdadera Religion infunde, única tabla de salvacion en los naufragios de la vida.

Estaba desesperado; no podia vivir sin Emilia, y le era imposible vivir con ella. A lo menos así le parecia á él en aquel momento.

No habia visto en el wals, cuyo recuerdo caia como una gota de acerba hiel en el vaso de sus más dulces esperanzas, una ingratitud, ni una infidelidad, ni una inconstancia: habia visto otra cosa; habia visto más que todo eso.

No era para él temible Campoverde... era temible cualquiera, porque la temible era ella; le habia descubierto de golpe, en tres vueltas de wals, que tenia por rival á la mitad del género humano.

¿Cómo no habia visto eso antes? Inten-

taba persuadirse, convencerse de que era injusto: su amor queria defenderla, justificarla; pero la veía pasar por delante de sus ojos arrebatada por el wals, voluptuosa, sensual, embriagada, y sentia que su corazon se retorcia dentro del pecho.

El tormento que padecia era este:

La amaba sin poder estimarla.

La tempestad rugia furiosa dentro de su cabeza, y al resplandor de los relámpagos de su ira veía profundas oscuridades que ahogaban su razon y oscurecian su entendimiento.

Estaba en el borde del abismo, en los primeros mareos que produce el vértigo.

Tal era en realidad el estado de su alma.

XIII.

Juana.

En aquella tempestad no habia solamente relámpagos; habia tambien rayos. ¿Contra quién iba á dirigirlos...?

Al pronto no vió su ira más que al afortunado Campoverde, en cuyos brazos valsaaba Emilia como una loca. Ese hombre era el que le arrebatava la felicidad en el momento mismo en que iba á asirla... El era el ladron de su dicha; contra él, por consiguiente, se volvió su furiosa cólera.

Ya habremos advertido que nuestro héroe no poseia un entendimiento fecundo en recursos; sus alcances no traspasaban los límites que la Providencia en sus altos juicios ha puesto á la inteligencia del vulgo de las gentes: mas si no habia inventado la pólvora, no era tan *mostrenco* que no supiera usarla. Así es que conci-

bió la idea de un lance de honor con todas las circunstancias propias de los adelantos del siglo.

Cabalmente acababa de leer en aquellos dias el interesante relato de un lance de esta especie entre dos *yankées*, que los periódicos se habian apresurado á reproducir en la seccion amena de sus columnas, con todos los horrorosos pormenores del caso.

La celebridad de este suceso cautivó su atencion, y fue un ejemplo que le vino de molde para dar al mundo tremendo testimonio de su desesperacion y de su venganza. Sentia una viva necesidad de arrojar al rostro de aquella mujer pérfida una hazaña estupenda, bárbara, sí, pero llevada á cabo por medio del culto refinamiento de las armas.

Dos salvajes habrian dirimido la contienda de su mutuo enojo apelando á los arcos y lanzándose con rabioso encono flechas envenenadas; pero dos hombres civilizados no podian luchar como dos feroces serpientes; y recurriendo á la precision de los fusiles más perfectos, de la pólvora más expansiva y del fulminante más esquisito, ventilarian aquel caso de honra enviándose recíprocamente los mortales mensajes de unas cuantas balas cónicas.

La novedad de este lance llamaria vivamente la atencion pública; quince dias, por lo menos, seria objeto de todas las conversaciones; los periódicos se harian lenguas del caso; los nombres de los combatientes darian la vuelta al mundo, corriendo de boca en boca, y Emilia, aterrada, comprenderia al fin todo el valor del hombre á quien habia engañado. Iba á ser á sus ojos un ser extraordinario, un espíritu superior, una naturaleza enérgica, poderosa, terrible... un héroe.

Y entonces su corazon, tan fuertemente herido, sentiria por él un amor desesperado, un amor sin esperanza, y por lo mismo más tenaz y más profundo. Ningun hombre se presentaria á sus ojos con tanto prestigio, porque ninguno podria presentarle el doble prestigio de la gloria y de la muerte. Necesitaba desaparecer de entre los hombres para vivir perpetuamente en su memoria.

Tal era el segundo aspecto que tomaba la novela de su corazon; y, como el autor dramático que encuentra un recurso de gran efecto, se restregó las manos satisfecho de sí mismo, recogió el sombrero, que yacia aplastado contra el suelo como si su dueño hubiera perdido la cabeza, lo compuso del mejor modo que le fue posible, y despues de limpiarlo con la manga

de la levita, se lo puso gallardamente, un tanto inclinado sobre la ceja derecha, como quien va resueltamente á jugar el todo por el todo.

En el cristal bastante turbio de su imaginacion acalorada se pintaban todas esas fantásticas imágenes con claridad deslumbradora, y, si es posible decirlo así, del fondo de su misma desesperacion surgian los resplandores de una alegre esperanza. Cualquiera que fuera su destino en el otro mundo, ¡cuán dichoso no seria viéndose desde allí dueño del corazon de Emilia!

Mas hé aquí que de repente levanta sobre la cabeza sus manos crispadas, y el sombrero, lanzado con ímpetu, vuelve á rodar otra vez por tierra.

¿Qué nueva contrariedad encontraban sus designios? ¿Qué dificultad imprevista se oponia al paso de su cólera, de su venganza y de su triunfo?

Le habia ocurrido una reflexion abrumadora, una reflexion invencible, que echaba abajo todo su proyecto.

Pensó que despues del tremendo lance en que los dos adversarios deberian quedar sobre el campo de batalla, á los ojos de Emilia se presentarian dos seres extraordinarios, dos espíritus superiores, dos naturalezas enérgicas, po-

derosas, terribles; en una palabra: dos héroes.

Pensó con furor indecible que aquel maldito Campoverde, calvo y todo, acudiría también despues de muerto á disputarle el corazon de Emilia, el recuerdo perpetuo en su memoria.

Iba nada menos que á partir con su mortal enemigo el éxito de la hazaña; iba á proporcionarle la ocasion de perpetuar su recuerdo en el corazon volátil de aquella criatura inconstante.

No: Campoverde vivo no era temible; no pasaria nunca del nivel comun de los hombres; pero Campoverde muerto en un duelo memorable le parecia invencible.

Era, pues, preciso renunciar al duelo.

Cogió una silla, y se sentó más desesperado que nunca, considerándose el ser más desventurado de la tierra.

El ruido de la fiesta en que se hallaba lo envolvía en una atmósfera de satisfaccion y de contento, que hacia más acerba la amargura de sus reflexiones. Semejante á un ciego, sentía en sus mejillas el calor del sol, sin poder ver sus rayos.

Las voces alegres que resonaban en sus oidos le mordían en el corazon como serpientes emponzoñadas: el estrépito del *bouffet*, que resonaba á su espalda, le pa-

recia una burla más que su suerte le deparaba.

Tantos seres felices, tantos corazones dichosos, tanto bullicio, tanta alegría, tanta dicha, aumentaban, por la fuerza misma del contraste, la desesperación de su alma.

La vida, en el momento más vivo de sus tumultuosos placeres, arrojaba sobre él sus gritos y sus resplandores, sin duda para hacer más honda su desventura...

Tal vez hallándose en las soledades de un cementerio, habrían tomado sus ideas un rumbo más sosegado. Quizás habría pensado en la vida; pero en un baile pensó en la muerte.

El wals, aquel maldito wals, cuyos voluptuosos compases le arrebataron como en un torbellino las risueñas esperanzas de su dicha, volvió á estremecer el aire con sus ardientes notas. Esto venia á ser la gota de agua que hace derramar el vaso. Los acentos de la orquesta penetraban en su alma, clavándose en ella como alfileres encendidos...

—¡Oh! exclamó levantándose: es preciso morir.

Tal debió ser el momento oportuno que la alevosa idea del suicidio aprovechó para aparecer en las sombrías oscuridades de su espíritu.

Desechado el duelo por inútil, la idea de arrancarse la vida llenaba la medida de sus deseos... Nadie tendría derecho á hacerle competencia en la memoria de Emilia, y el suicidio, consumado allí mismo, sería de un efecto terrible... Contestaría á la algazara de la fiesta, que insultaba su desesperacion, arrojándole al rostro, lo diré así, puñados de su propia sangre.

No habia tiempo que perder, pues era preciso dar el golpe antes que el baile terminara. ¡Bah! Tenia en su mano el medio seguro de poner un triste fin á una fiesta tan alegre; pero era preciso ante todo dejar algunas palabras escritas que, como una voz póstuma, revelaran el motivo de su muerte.

Dicho y hecho: recogió el sombrero por segunda vez, y volviendo á sentarse, lo aplastó enérgicamente sobre sus rodillas para que le sirviera de mesa sobre la que pudiera trazar con mano segura algunos renglones fúnebres.

Despues metió la mano en el bolsillo interior de la levita que cae sobre el corazon, y sacó una cartera; pero no salió la cartera sola, porque apareció en su mano acompañada de una carta que aun no habia sido abierta.

Era la carta de Juana. ¡Oh qué apari-

cion tan impertinente en aquel solemne momento!

Cogiola por los extremos con ademan decidido de rasgarla en dos pedazos; pero tal vez una nueva curiosidad le detuvo, y rompiendo el sobre en que estaba contenida, abrió la carta y comenzó á leerla.

La primera lectura fue rápida, como el que pasa sobre ascuas... La segunda fue una lectura lenta, reflexiva, como si leyera renglones escritos en una lengua que no acababa de entender.

Llegó al fin, y comenzó de nuevo.

La carta decia lo siguiente:

«Dios sabe, pobre Jaime, que no te guardo rencor ninguno; antes bien te diré, si no te enfadas, que me alegro de que hayas tomado la resolucion de hablarme francamente, porque hace algun tiempo que tu corazon no es para mí el mismo, y habria sido una crueldad engañarme.

»No te negaré que tus palabras me han costado muchas lágrimas, porque mi corazon se habia aficionado al tuyo; pero me consuela la idea de que seas dichoso. Tú eres bueno en el fondo y mereces la dicha que es posible disfrutar en esta vida. Créeme: no me hubiera perdonado nunca haber servido de estorbo á tu felicidad, porque tu felicidad era todo lo que

yo queria de tí; si otra consigue hacerte dichoso, yo la querré con toda mi alma.

»Esto te lo dice la que hasta hoy ha sido tu novia; oye ahora á la que desde hoy será tu verdadera amiga, á la que, como antes, rezará todos los dias por tí, con el mismo fervor que ha rezado siempre.

»Jaime... no busques la dicha en los placeres... no te dejes seducir por el oro-pel del mundo... Si te engañan, ten paciencia y perdona sinceramente á los que abusen de tu irreflexion; pero por Dios no te engañes á tí mismo, porque tú no puedes perdonarte, y el que todo lo ve, todo lo sabe y todo lo juzga te pedirá estrecha cuenta de tu vida, porque tu vida no es tuya, se la debes á El, y ¡ojalá puedas devolvérsela tan pura como te la dió! Si viviera tu madre, te diria lo mismo que yo te digo.

»¿Te acuerdas de tu madre?... ¿Le rezas todos los dias...? Vamos á ver... ¿á que no le has rezado hoy ni un padrenuestro siquiera?... ¡Eso sí que seria una grande ingratitud...! Eso me causaria más pena, mucha más pena, que tu inconstancia...

»Te gusta el mundo, y es natural. Eres jóven, y es fácil que tus ojos se deslumbren; pero, mira, yo he leído muchas veces que todas esas vanidades son muy

fugitivas y dejan en el alma muchas amarguras.

»Mi madre está enterada de nuestro rompimiento; se lo he dicho esta mañana al volver de misa. Me miró con ansiedad, pero al verme tranquila me dijo: «No lo culpes... es un buen muchacho, y esto es que la voluntad de Dios así lo quiere.» Esto ha dicho mi madre; no temas, por consiguiente, volver á casa, porque aquí todos te recibirán como siempre, porque nada has perdido ni en nuestra estimacion ni en nuestro cariño.»

Aquí concluía la carta que el amante de Emilia habia leído tres veces.

Terminada la última lectura, se restregó los ojos como el que empieza á despertarse; encerró la carta en el sobre, y volvió á ocultarla en el bolsillo de donde la habia sacado, y se quedó pensativo.

Poco despues cogió el sombrero que permanecía sobre sus rodillas, y, aunque con mucho trabajo, consiguió devolverle su forma primitiva. Luego arregló su corbata, cuyo lazo se encontraba junto á la oreja, como si tuviera que comunicarle algun secreto, y sin más pormenores se puso de pie y alzó la cabeza.

Entonces, mirando al cielo que azulaba al resplandor sereno de las estrellas

sobre las copas de los árboles, exclamó con vehemencia:

—¡Cuando un hombre se decide á ser imbécil... Dios mio, qué imbécil es...!

No dijo más, y poniéndose el sombrero, miró su reloj y salió de la esplanada, desapareciendo en la calle de árboles opuesta á la que conducia al salon del baile.

XIV.

Epílogo.

Emilia está coja.

Juana está casada.

La viuda está furiosa.

Y Jaime está en sus glorias.



INDICE.

	Págs.
I. Cuatro pinceladas.....	3
II. Monólogo.....	10
III. Lance apurado.....	19
IV. Esplicaciones.....	28
V. <i>Quid pro quo</i>	37
VI. La miel en los labios.....	47
VII. <i>Casus belli</i>	57
VIII. Venganza.....	65
IX. Las orejas del lobo.....	73
X. El wals.....	83
XI. Rompimiento.....	91
XII. Tempestad.....	101
XIII. Juana.....	111
XIV. Epílogo.....	123

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

—¡Caballero! preguntó la señora en el colmo de la indignacion: ¿no tiene V. ojos en la cara?.....	19
Y se lanzó hácia el salon del baile como el leon sobre su presa.	
La viuda lo detuvo.....	105



.....quedó suspendido en el aire.